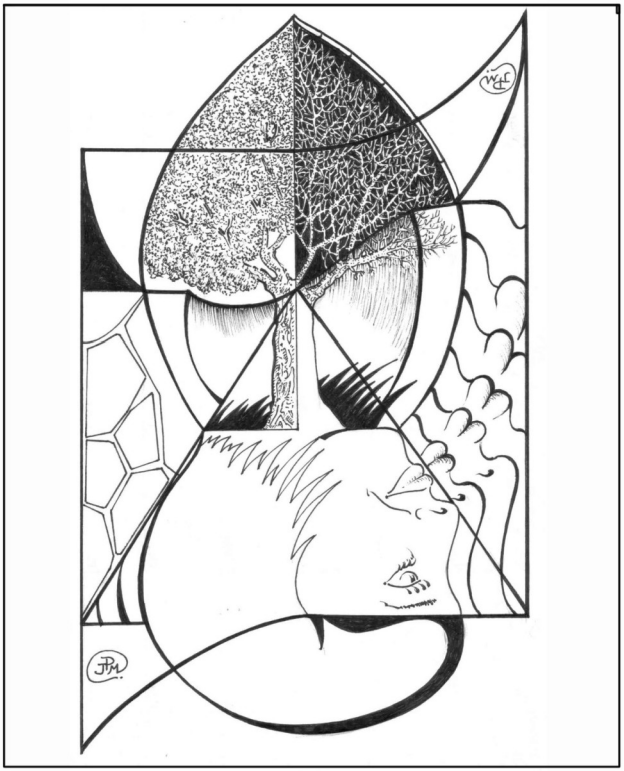
TENER Y NO TENER



TENER Y NO TENER

Redactores: JLM y JCJ. Nº19. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Algunos todavía vemos como una desgracia ese aforismo con el que tantos comulgan en nuestros días aunque la mayoría, en público, tienda a rechazarlo: "tanto tienes tanto vales". Y para una inmensa mayoría de personas ese tener y valer se reduce a lo estrictamente material, concretamente lo controlado por lo monetario.

Por suerte, existen muchas otras posesiones que pueden ser tanto o más valiosas que el dinero según las sensibilidades que las tengan en cuenta. Si hablamos de valor, muchos le darían el máximo a posesiones como la salud, la amistad, la fe, el placer, el amor, el tiempo, la libertad, la felicidad. Todas ellas cuestiones difícilmente mensurables, mucho más vagas, por supuesto, que el tangible dinero.

Olvidamos, quizá, que lo material puede ser importante sin llegar al materialismo de nuestra sociedad actual. Que se lo digan a un indigente, a uno de esos hambrientos del eufemísticamente llamado tercer mundo, a un niño trabajador o a una mujer explotada.

No es nuestra intención aleccionar acerca de valores. No vamos a indicar a cada cuál qué es lo que debe parecerle más importante o no. Cada cual tiene –o debería tenerlo- su propio juicio como para decidir. Pero sí podemos realizar un muestrario de "posesiones" capaces de acaparar nuestra atención, atrapar nuestra alma, motivar nuestros deseos o determinar todo nuestro modo de actuar y de ver el mundo. Evidentemente, porque si no no seríamos nosotros con nuestro propio criterio, tomaremos partido, describiremos luces y sombras que vemos a nuestro alrededor, como hacemos siempre. Pero las escalas de valores deben ser propias y personales. Cada cual decide qué es más importante en su vida, cuáles son sus aspiraciones. O así debería ser. Por desgracia, da la sensación de que muchas veces somos engañados y manipulados y que deseamos poseer lo que otros quieren que deseemos. En este sentido, nos gustaría que, al menos, al margen de nuestra palabrería, cada lector de

esta revista pudiera tener la suficiente personalidad y una mínima inteligencia como para decidir qué es lo que le merece la pena "tener y no tener" en este mundo.

¿QUIÉN QUERÍA SER CYBORG?

Las cosas iban de mal en peor en la empresa. Las cosas, inesperada pero, a la postre, inevitablemente, también iban de mal en peor en la familia. ¿Por qué lo material siempre resulta ser más importante que lo que uno espera al confesarse dispuesto a convertir en real ese "contigo pan y cebolla" que implica el compromiso de una vida familiar? Cuando hay amor parece que lo demás sobra. Pero el puñetero dinero siempre acaba por contradecir a los más puros deseos.

Pablo siempre había creído en el amor. Cosas de iluso. También había creído que el trabajo dignificaba y que a una persona honrada y trabajadora nunca le faltaría un empleo digno. Y, en cierto modo, así había sido hasta ahora. Pero claro, entre la globalización, que llevaba décadas produciéndose y no parecía terminar, la competencia de las pujantes economías africanas con su mano de obra barata, la crisis económica europea y el descenso del consumo, habían llegado las vacas flacas. Al menos a la fábrica donde Pablo trabajaba y, por extensión, la crisis se había extendido hacia su familia. Por suerte, o eso pareció al principio, Sandra trabajaba como recepcionista física en una empresa de publicidad y no era probable que prescindieran de sus servicios. Con el sueldo de ambos vivían bien, suficientemente bien como para sacar adelante la hipoteca, los pagos diarios, los gastos de la niña, Luna, y hasta permitirse algún que otro capricho. Pero el sueldo de Pablo era esencial para la familia. Con crisis o sin ella era imprescindible que Pablo se mantuviera en la empresa y aportase su sueldo a casa. Un hogar, el suyo, humilde pero relativamente feliz, sin grandes emociones pero tranquilo, capaz de proporcionar una vida plácida al matrimonio García y a la pequeña Luna.

Y en mitad de la paz llegaron la crisis y los problemas. La fábrica necesitaba aumentar los beneficios, reducir los costes. La fábrica iba a hacer una regulación de personal. Se hablaba de

prejubilaciones, recolocación, indemnizaciones. Eso en el mejor de los casos. En el peor de ellos, que parecía corresponderse con el escenario más realista, de despido, quizá incluso del cierre de la propia empresa.

-Cariño –le dijo Pablo a Sandra cuando la situación parecía más peliaguda-, creo que no hay más remedio que ponerme la prótesis.

Sandra hizo un gesto de desagrado que Pablo notó por más que ella trató de disimularlo.

-Sabes que no me gusta eso de que te pongas un brazo robot. Es es… antinatural.

-¿Y te crees que a mí me agrada la idea de perder mi brazo a cambio de uno electrónico? ¿A quién le apetece ser un cyborg? Pero creo que es nuestra única solución. O eso o el despido. O el brazo o perdemos la casa.

Ella arrugó el entrecejo al escuchar la última frase. Perder su casa, su hogar, eso era lo último. No, antes perder el brazo y salvar el empleo. Ella lo comprendía cuando Pablo se lo decía y, sin embargo, ¡qué desagradable era imaginarse a su marido con aquello en su lugar!

El caso es que la regulación de plantilla era un hecho, así como los despidos selectivos. Si Pablo quería permanecer en su puesto no había otra opción, pues así se lo comunicaron, que convertirse en un obrero más eficaz, un obrero-robot. Si sustituía su extremidad natural por un brazo robot, le dijeron, sería un operario lo bastante valioso como para mantenerlo en la empresa y proporcionarle el mismo sueldo que ganaba ahora, ése que era imprescindible para que la familia pudiera conservar lo adquirido y siguiera pagando las deudas contraídas. La otra opción era el despido al que seguiría el desahucio. El sueldo de Sandra no daba para tanto. Apenas si llegaba para los gastos diarios y una parte de la sangría que suponía el tener una niña pequeña a su cargo.

-Comprendes que no me queda otra opción; que no nos queda otra opción –se corrigió-, ¿verdad, cariño?

Ella no respondió. Se limitó a hacer un leve gesto afirmativo y nervioso con la cabeza. A Pablo se le partía el alma sólo con verla. Y eso que era su brazo el que estaba en juego, junto con su empleo, y no su cómodo puesto de recepcionista.

-Entonces –añadió Pablo con un suspiro de derrota- no hay más que hablar. Diré a los jefes que estoy conforme. La intervención quirúrgica la pagan ellos. Dicen que no es demasiado compleja. Tampoco muy dolorosa. Que el brazo sólo resulta extraño e incómodo al principio.

Y Sandra, que no podía evitar que las lágrimas silenciosas se deslizasen cálidas por sus mejillas, repitió aquel gesto leve de triste y nervioso asentimiento.

Pablo conservó por el momento el trabajo y la familia, con sus dos sueldos, pudo seguir viviendo como hasta entonces. A cambio, Pablo perdió el brazo derecho. No quedó manco ni inválido. Tal vez era al revés. A cambio de su brazo orgánico le habían trasplantado uno electrónico tan sofisticado como versátil. Se trataba de una prótesis con herramientas intercambiables, que igual podía actuar como un brazo humano, con sus dedos, sus articulaciones, mucho más preciso y sensible que el natural, que usarse como martillo, pala, torno, pinza, o cualquier utensilio que pudiera sustituir a la mano mecánica.

El brazo conservaba su sensibilidad, quizá incrementada, aunque su tacto era distinto y frío. A Pablo no terminaba de agradarle, pero era su medio de subsistencia. Mientras que otros compañeros perdían su empleo, él conservaba el suyo y hasta ampliaba sus funciones, aunque no veía incrementado en la misma medida su sueldo. Sandra, aprensiva, odiaba aquella extremidad y Pablo notaba, al menos al principio, que su mujer se estremecía ante su contacto cuando la acariciaba con los dedos biónicos o meramente la rozaba con el antebrazo.

Pero el empleo de Pablo no permaneció seguro. Pronto se hizo patente que la empresa seguiría con sus despidos y Pablo, atendiendo a rumores y chismes decidió, después de mucho meditar, sopesar y discutir con Sandra, adelantarse una vez más a los acontecimientos. E hizo bien porque, a los pocos meses, llegaron nuevos despidos que respetaron el puesto de Pablo. Aunque aquello no le salió gratis. Fue a cambio de una nueva intervención quirúrgica que, si bien no supuso desembolso alguno para los García, pues la costeó, gustosa, la propia empresa, sí dejó a Pablo con dos brazos robóticos semejantes que

aumentaban su eficacia en la medida necesaria para que la fábrica siguiera contando con él.

En rigor, la vida de Pablo no había cambiado. En todo caso, se había convertido en un tipo más capaz, más fuerte, más hábil, más rápido, más preciso. Pero él, observando sus hermosos brazos sintéticos no podía evita cierta sensación de invalidez. Por sofisticados que fueran sus nuevos miembros no pasaban de prótesis artificiales que le hacían añorar sus huesos, sus músculos, su piel, con sus imperfecciones, sus pelos, su sudor, sus dolores y agujetas.

Y Sandra odiaba aquellos artefactos. Pablo quería convencerse de lo contrario, pensar que su relación con Sandra no se había visto afectada en absoluto, pero lo cierto es que ella lo miraba de otro modo, respondía a sus carantoñas con repugnancia, y se le erizaban los vellos sólo con que su marido la acariciase utilizando una de aquellas piezas de nanotecnología. Pero Sandra comprendía, o eso quería pensar Pablo, que todo lo había hecho por necesidad, por amor a los suyos, que aquello era un mal menor y que su Pablo seguía siendo el mismo hombre trabajador y afectuoso. La niña, Luna, no tenía ningún problema con los brazos de su padre. Al contrario, de vez en cuando le pedía que sustituyera la mano por uno de sus instrumentos de trabajo: por el torno o por las pinzas, y le pedía que hiciera girar o chasquear la prótesis para, a continuación, reírse como loca mientras le colocaba un pañuelo de colores en la pinza o unos papeles para que el brazo los agitara como un ventilador. A Sandra aquello le sublevaba y, mientras la niña se reía como loca al ver a su padre haciendo el tonto con el brazo mecánico y emitiendo ruiditos para acompañar los juegos, su madre resoplaba y la cogía en brazos, asqueada, para llevársela lejos de allí.

Todo fue a peor con la siguiente, e inevitable, crisis industrial.

Pablo ya no era imprescindible ni siquiera con sus implantes. Aunque, embarcado en su carrera para conservar el empleo y poder mantener a su familia, le resultó más sencillo tomar la decisión que le parecía adecuada. Tan simple como dar un paso adelante en la misma dirección que ya se había marcado. Pablo se sometió, sucesivamente, a tres nuevas operaciones: se cambió sus ojos orgánicos por unos ojos biónicos de mayor resolución, capaces de captar más detalles y con

mayor velocidad, capaces de otorgarle mayor concentración y eficacia en el trabajo. Seguidamente prescindió de sus dos piernas. Asumido que era un cyborg, no tenía mayor sentido conservar aquellas dos ineficientes extremidades orgánicas. Las robóticas eran más fuertes, inmunes al cansancio. Con las piernas biónicas podía correr más rápido que nadie y durante tanto tiempo como las baterías lo permitieran, sin cansarse. Quizá para Pablo todo aquello seguía siendo una pérdida, pero de poco servía planteárselo. Gracias a ello pudo conservar su empleo. Es más, en esta ocasión hasta fue promocionado a un puesto de mayor categoría y con el consiguiente incremento salarial.

Contrariamente a lo esperado, Sandra no se mostró entusiasmada, ni aun moderadamente feliz. Al contrario, le irritaban aquellos ojos, aquellas piernas. Eran tan difíciles de diferenciar de las originales como monstruosas le parecían en su artificiosidad. Su marido se estaba convirtiendo en un ser electrónico, en un monstruo de plástico, metal, fibra de vidrio y de carbono, que en casi nada se parecía al hombre del que se enamoró. Que casi no parecía un hombre, a ojos de su ofuscada mujer. Se comportaba como un hombre, era tan cariñoso y atento como siempre. Pero bastaba que la rozase con aquella fría mano de plástico para que Sandra sintiera escalofríos y cómo la piel se le ponía de gallina y los vellos se le erizaban por todo el cuerpo.

A la niña no parecía importarle. Al contrario, ahora su papá siempre tenía energía como para jugar con ella tras regresar de una dura jornada de trabajo. Igual que tenía energías y ganas de sobra como para querer jugar siempre con su mujercita, aunque Sandra, cada vez más reacia a esas atenciones, se negaba una y otra vez a que lo que quedaba de su marido se acostara a su lado y pretendiera mantener aquellas relaciones nauseabundas.

Todo estalló cuando, sin una nueva crisis de por medio, Pablo anunció su intención de someterse a una nueva intervención quirúrgica. Pretendía insertarse un complemento pectoral que le permitiría respirar bajo el agua y así, manejando la compleja maquinaria subacuática, acceder a un puesto de responsabilidad como uno de los magníficamente pagados operarios marinos. Aquello, según Pablo,

suponía la tranquilidad económica para la familia. Su empleo ya no peligraría y podrían vivir con desahogo.

No esperaba la reacción de Sandra. Fue entonces cuando, incapaz de controlarse, le dijo sinceramente lo que sentía. El asco que le causaba su mera presencia. La repugnancia de sus besos mientras sentía los brazos mecánicos en torno de su talle, la náusea de cada caricia, de cada mirada. Y su intención de abandonarlo si, finalmente, se decidía a añadirse más piezas robóticas. O tal vez aunque se quedara tal y como ya estaba.

-Ya no te amo. No eres un hombre, sino una extraña máquina –le espetó con una voz cargada de ira.

-Pero sí que soy yo. Mi personalidad, mis sentimientos, mi aspecto, son los mismos. No comprendo…

-Eres un asqueroso cyborg y yo no quiero eso para mi familia. La niña se viene conmigo –no era una declaración de intenciones, sino un hecho.

Nada pudo hacer Pablo para modificar aquella terrible decisión. Su corazón se quebró en un instante al saber que Sandra ya no le quería. Llegó a dudar de que lo hubiera querido con anterioridad. Tan desagradecida y obtusa era como para permanecer ciega ante el hecho innegable de que todo aquello lo había hecho por ella y por la niña.

Sandra no lo soportaba. Había llegado a aborrecerlo y su decisión era firme. La separación se convirtió en una realidad. El divorcio no fue sencillo. Sandra lo deseaba todo y casi todo lo consiguió. El juez estuvo de acuerdo en que la madre, y no aquel cyborg, debía quedarse con la niña. Decretó, además, que Pablo habría de pasar una pensión a su mujer para el mantenimiento de la hija y como compensación por los daños morales sufridos. Sandra se quedó con el piso y con casi todos los recuerdos que contenía. Se quedó con sus ahorros e inversiones. Y Pablo aún tuvo que comprobar como ella rehacía su vida con un hombrecillo miserable, un tal Lucas, tan solvente económicamente como estúpido y engreído. Sólo más tarde Pablo llegó a saber que la relación de su exmujer con aquel tipo había comenzado antes de consumarse la separación, cuando Pablo inició su

transformación no deseada y ella decidió buscar consuelo en unos brazos que no fueran mecánicos.

-No soportas a Lucas porque él sí que es todo un hombre –fue la lindeza que le soltó durante una discusión ante los abogados con motivo de las visitas a la niña.

Para su mujer nada importaban los sentimientos o la voluntad. Un hombre debía poseer sus brazos, sus piernas, sus ojos. Pablo imaginó entonces que ella también lo habría abandonado caso de que se hubiera quedado inválido o impedido de algún modo.

El corazón de Pablo terminó entonces de romperse. Todo lo que había hecho hasta ahora carecía de sentido. Él no deseaba ser un cyborg. Cambió obligado por las circunstancias. Tampoco había de avergonzarse por ello ni renunciar a las ventajas que su nuevo estado le otorgaba. Y Pablo tomó una nueva y drástica decisión. Iba a someterse a dos nuevas intervenciones quirúrgicas: se colocaría el complemento respiratorio para trabajar bajo el agua y, de paso, se colocaría un dispensador emocional. Con el primero accedería al trabajo seguro y bien pagado que deseaba. Con el segundo mataría el dolor del corazón. Porque aquel artilugio, según le habían comentado los médicos que intentaban dar solución a sus problemas personales, le suministraría los adecuados pulsos nerviosos, con sus neurotransmisores y sus hormonas correspondientes, para que su estado de ánimo fuera siempre bueno, de alegría desbordante, satisfacción y autocomplacencia.

Tras la breve convalecencia, Pablo era un cyborg satisfecho de sí mismo, un cyborg rico y feliz al que no le preocupaban la soledad, el desamor de Sandra, la presencia del tal Lucas o el creciente desapego de su Luna. Ahora, cuando miraba al pasado, se daba cuenta de cuán extraños eran los humanos, él incluido, cuando dejaban pasar oportunidades estupendas por estúpidos prejuicios como aquella aprensión inicial a convertirse en el cyborg satisfecho que ahora era.

Juan Luis Monedero Rodrigo

TENGO

Tengo tengo tengo, tú no tienes nada, yo no tengo nada, él no tiene nada, nosotros no tenemos nada, vosotros no tenéis nada, ellos no tienen nada… Nadie tiene nada. ¿Qué tú sí? Muérete y veras lo que te queda.

El temible burlón

CARA Y/O CRUZ

El dilema, la disyuntiva, los problemas en definitiva, acompañan al hombre como la rémora al tiburón. Viven con él, viven de él y cuando las condiciones cambian se separan de él hasta que las tornas mutan. Y vuelta a empezar como el ciclo del eterno retorno.

La vida humana se mueve entre dos líneas más o menos paralelas, con sinuosidades, como las vías del tren, las orillas del río o las cunetas de los caminos. Salirse de ellas comporta riesgos. Mientras, la dicotomía asalta nuestros pensamientos, afecta a nuestros esfuerzos; altera nuestros sueños y nos hace decantar hacia una de las dos opciones dando bandazos o enfilando al término medio de la cuestión (no necesariamente donde está la virtud).

Y es que ese dilema se mueve entre sinónimos y antónimos, con posibles terceras vías. Un breve repertorio de esas disyuntivas humanas pueden ser estos binomios: bueno-malo, querer-poder, odio-amor, cuerpo-espíritu, esperanza-desesperación, ser-no ser, vida-muerte, alegría-pena, tener-no tener…

¡Ah! "Tanto tienes tanto vales", dice la sabiduría popular concentrada en píldoras. Y es que el altruismo brilla por su ausencia casi siempre.

"Todos queremos más", señala el estribillo de una canción antigua en su composición pero de actualidad permanente. Pero, ¿más qué? Somos un pozo sin fondo donde cabe ese más. ¿El egoísmo existencial prima ante todo? ¿No sería conveniente volver un poco al desprendimiento de los ermitaños y así evitar salir de los límites que encarrilan nuestra existencia?

Todos queremos mejorar en las diferentes facetas de nuestra vida, pero, ¿a costa de qué?, ¿podríamos pagar el precio, quizá a costa de nuestra dignidad? Difícil disyuntiva. Y vuelta a empezar. No

vale decir: "que se pare el mundo que me quiero bajar". Una vez subidos en él sólo la fecha de caducidad que llevamos nos puede apear del mismo. Mientras, nos toca capear el temporal y poner proa al destino deseado esperando que las turbulencias no nos aparten de nuestro objetivo: la felicidad, entendida a la manera particular de cada uno.

P.A.M. 213

LA CONEXIÓN LACEDEMONIA

Vivimos en una sociedad donde se hace bandera de la tolerancia. Al menos en apariencia. Porque si uno es un poco malpensado –y, ¿quién no lo es en alguna ocasión?: todo depende del humor o las tragaderas del momento-, puede encontrar, si escarba un poco bajo la superficie de esa supuesta tolerancia, un medio de manipulación tan bueno como cualquier otro –y mejor que muchos- para llevar a la práctica objetivos no del todo lícitos. Prefiero no ser, por el momento, malpensado y suponer –admitir ingenuamente- que la tolerancia existe y el término no nos sirve para enmascarar, en ocasiones, a la simple permisividad o connivencia, favoreciendo a los pecadores próximos a alguna fuente de poder bajo las alas de la aparente bondad comprensiva. Se me ocurren sospechosos tráficos de influencias, indultos, reducciones de condenas, aceptación de comportamientos incívicos que pueden justificarse en aras de la tolerancia. Pero la conexión lacedemonia a la que se refiere el título de este ensayo no apunta en esa dirección, al menos no con exclusividad.

La conexión afecta al asunto de los derechos y deberes. Pues solemos pensar que cualquier individuo merece tener derechos *per se*, y a algunos nos referimos como inalienables. Y a aquel que pone en entredicho algún derecho ajeno, en vez de escucharlo para analizar sus argumentos, lo colocamos en la picota y lo llamamos intolerante, si no fascista u opresor. Y acostumbramos a hablar de derechos adquiridos, sin que se sepa por quién o de qué modo y en cuáles circunstancias. Asumimos los derechos y los llamamos adquiridos pero olvidamos que, en general, salvo en los brumosos círculos de lo políticamente correcto, término tan vacuo como "tolerante" con

actitudes claramente inapropiadas, todo lo adquirido tiene un precio y ese precio no se puede soslayar si no queremos que el derecho pierda su valor y su sentido.

Los derechos pueden ser connaturales al individuo. Eso no lo pone nadie en duda. Pero no todos han de serlo. Incluso esos derechos universalmente aceptados, sean el derecho a la vida, la igualdad o la libertad –tan fácil de conceder y tan difícil de conseguir y ejercer- son valiosos en la medida en que resulta dolorosa su pérdida y es difícil su consecución si no se tienen.

Por ello parece desvirtuar el sentido del derecho el concederlo gratis y sin contrapartidas cuando nuestra tolerante generosidad lo considera un avance social irrenunciable.

Bien sabían aquellos fieros lacedemonios del pasado, los belicosos espartanos, que los derechos son valiosos y no deben ser concedidos gratuitamente. Quizá no sirvan de ejemplo ellos mismos, cuyo licúrgico modo de conducirse terminó por arrastrar a su sociedad al desastre. Pero no parece razonable pensar que el extremo contrario de permisividad lleve a mejor camino. El precio de los derechos no puede ser excesivo, pero tampoco se pueden entregar gratuitamente. Los derechos, al menos muchos de ellos, deben ser ganados. Bien lo sabían los lacedemonios.

Para ellos lo primero eran las obligaciones. El espartano debía servir al estado, sacrificadamente, para convertirse en ciudadano. La vida del individuo tenía poco valor y la ansiada ciudadanía con todas sus prerrogativas debía ser ganada por méritos propios. Para tener derechos, el espartano antes debía cumplir con sus obligaciones, que eran muchas y nada fáciles de llevar a efecto. No vamos, desde aquí, a ensalzar la educación espartana, esclavista, machista, militarista, eugenésica. Pero sí nos servirá de ejemplo para llamar la atención sobre el poco deseable extremo contrario al que políticas supuestamente filantrópicas y humanistas no conducen actualmente.

Es cierto que un hombre tiene derechos, pero los derechos deben ser ganados y merecidos, no otorgados gratuitamente. ¡Cuántas veces se oye en nuestros días a la gente clamar a voz en cuello que tiene sus derechos! ¿Por qué, a cambio de qué, les digo yo? No se valoran los derechos como no se valoran las obligaciones. Y si es

verdad que los derechos existen y deben respetarse no es menos cierto que, para la buena marcha de la sociedad, es necesario establecer obligaciones y que éstas se cumplan. Y, si el estado requiere del cumplimiento de esas obligaciones, a la hora de conceder derechos a troche y moche no debería olvidarse de la otra cara de la moneda. Aquél que no cumple con sus obligaciones no ha de tener siempre, en mi opinión, la capacidad de exigir derechos. El que no se integra en las normas, el que no cumple con los preceptos, tiene perfecto "derecho" a ejercer esa ácrata libertad, y podrá reclamar esos derechos inalienables que todo individuo tiene por el mero hecho de nacer. Pero no debería consentirse que exigiera los derechos que emanan del funcionamiento del propio estado al que renuncia. Papá estado no debería recoger en su seno a los hijos díscolos. Los derechos que otorgan estos nuestros países desarrollados con su sociedad del bienestar fueron duramente ganados durante generaciones y no se pueden poner en peligro, junto con el funcionamiento de la sociedad, por el egoísmo de los aprovechados y la miopía de legisladores en exceso permisivos.

No tiene sentido conceder todos los derechos a aquél que voluntariamente se mantiene al margen de la sociedad y sus obligaciones. No es justo anteponer los derechos de esos aprovechados a los de aquellos que, a igualdad de derechos, cumplen con sus obligaciones y ven como el reparto del pastel no les alcanza.

Alguno me tachará de racista o intolerante. Los que me conocen saben que nada más lejos de la realidad. Pero todos estamos hartos de ver cómo algunos grupos exigen viviendas, subsidios, ventajas, a la vez que se niegan a integrarse en el sistema. Hartos de ver cómo muchos criminales se escapan del castigo amparados por triquiñuelas legales o supuestos derechos que se anteponen al dolor de las víctimas, como si éstas no tuvieran esos mismos o más derechos. Cómo se dedican recursos a un recién llegado sin mirar otras condiciones, dejando de lado al ciudadano cumplidor con sus obligaciones. Yo, que soy profesor, he visto mil veces cómo parece más importante el derecho a la educación del alumno molesto antes que el que tienen, idénticamente, sus compañeros más aplicados, a los que se condena a recibir una educación peor a cambio. Cómo un

impresentable o muchos claman por sus derechos para salirse con la suya aunque no tengan razón y perjudiquen a la mayoría. Así las cosas, buscando un cumplimiento de derechos particulares, se vulneran los del grupo. Con ello, además de cometer una injusticia, crear agravios comparativos y generar malestar en quien se siente perjudicado, se desvirtúa el sentido de los derechos.

Por eso creo que no hay que olvidar esa conexión lacedemonia según la cual sólo puede tener derechos aquél que cumple con sus obligaciones. Derechos sí, todos los que se puedan conceder. Pero no todos han de ser gratis sino ganados, cumpliendo con las obligaciones y preceptos antes de exigir lo que no debería ser gratuito.

Y si a alguien le molestan estas palabras y me tacha de intolerante o represivo, que recuerde que yo, como cada cual, también tengo derecho a expresar mi opinión al respecto. Y espero que sus argumentos en contra sean más racionales de lo que yo, desde aquí, me permito suponer. ¿O es que sólo el estado y los buenos ciudadanos tienen obligaciones para con sus vecinos?

Juan Luis Monedero Rodrigo

ANTE TODA ESPAÑA

Francisco estaba más nervioso que de costumbre pero trataba de disimularlo lo mejor que podía. ¡No todos los días se iba uno a la "Tele" después del trabajo!

Lo había comentado con unos pocos "coleguitas" a la hora del café, en el gimnasio, algunos vecinos, al quiosquero de su calle... Bueno tal vez no eran tan pocos pero un día es un día.

Lo que más le fastidiaba eran esas enormes ojeras con las que se había levantado. ¡Claro! No es de extrañar, ¡no había pegado ojo en toda la noche!

Primero pensó que debía ser su mujer la que le había mandado esa carta para reconciliarse con él.

La semana anterior habían tenido una fuerte discusión y él se temió lo peor. Su esposa dejaba de hablarle cuando discutían, podían pasar así meses pero lo malo era que él sentía miedo de ella. A veces se le ponía un brillo en los ojos como tenían los malos de los dibujos japoneses de su niñez. Entonces sentía que era maquiavélica. Durante

sus enfados ocurrían cosas extrañas, la lavadora desteñía la ropa, el azúcar y la sal se intercambiaban en las comidas, el despertador se adelantaba o atrasaba... Por suerte no siempre era así, muchas otras veces discutían y después de un obligado mutismo que podía durar varios días o varias semanas su mujer le dejaba un mensaje de amor y de paz que le hacía borrar de su mente todos esos pensamientos malignos y volvían a ser los dos seres que más se amaban sobre la tierra.

Por eso esperaba con ansiedad el día siguiente cuando ella apareciese en pantalla para demostrarle su amor ante el universo entero. Un amor invencible, indestructible contra viento y marea. En este punto se paró, tal vez no fuese tan puro.

Él estuvo a punto de engañarla con Diana su secretaria.

... Y si fuese ella la que le mandaba el mensaje. ¿Confesaría por fin su amor en público? Es cierto que él había tonteado mucho con ella. ¡Cómo le gustaba! Lo hubiese dejado todo por Diana. Siempre esperando que empezase algo que nunca sucedió. Recordó las tardes que se convertían en anocheceres en su despacho. Es verdad que él necesitaba ayuda para acabar sus informes aunque a veces abusaba de ella; la dejaba más tiempo con él en la oficina para sentir su presencia. Tal vez alguna tarde fuese valiente y la invitase a cenar. Estaba seguro que un día de esos en los que discutía con su novio y lo mandaba a freír espárragos le miraría llorando y le confesaría que era él y no su novio el amor de su vida. Pero eso no ocurrió o tal vez sí... Tal vez ocurriese por fin mañana y ¿qué tenía que contestar? Se iba con Diana su pasión prohibida o con su mujer de toda la vida con la que llevaba una vida rutinaria pero bastante confortable.

Así fue pasando Francisco la noche dando vueltas y vueltas en la cama sin saber quién quería mandarle un mensaje, si cambiaría su vida, cuánto tendría que arriesgar...

Y mientras empezó a dormirse pensando en su nueva vida audaz surgió en el sueño la imagen de su antiguo jefe el Sr. Rodríguez. Sí, tal vez fuese él, tal vez por fin le pediría perdón por todo lo que había pasado.

Estaba seguro que se habría descubierto la verdad. Tendría que disculparse... y todo el mundo sabría que no era un ladrón, que él

no robó ese material goloso de su oficina. Tener deudas económicas y problemas con el juego no significaba que él fuese un amigo de beneficiarse de lo ajeno. Mañana era el gran día. Mañana su vida cambiaría

...Y sí, el cambio comenzó a la mañana siguiente con un cambio de fisonomía. Las ojeras ocupaban toda su cara como un maldito "Alien".

... Y llegó el momento. Estaba allí sentado, con esa cámara enchufando los goterones que sentía correr por su frente. La cabeza le daba vueltas y difícilmente vislumbraba a la presentadora entre luces, hablando sobre él con una risa forzada. Él contestaba como un autómata, como contestas al vecino que quiere saber sobre la meteorología. Eran preguntas tontas para rellenar el espacio hasta que llegase el tiempo de los anuncios. Por fin la presentadora anuncia que tras una breve pausa aparecerá el culpable de sus ojeras. Aprovechó para retocarse, ir al servicio, aguantar al pesado de al lado que quería reconciliarse con su primo. "¡Hay que ver con la breve pausa!", pensó."¡Si dura más que lo que el viento se llevó!"

...Y ahora sí, por fin sale ella, sí es ella, su mujer más guapa que nunca. ¡Qué bien! Que feliz se siente. Se dan un beso de los de película. Si no estuviese en "la tele" hasta lloraría de la emoción y por fin ella le dice: "Cariño, sólo vengo a decirte que a pesar de los años te sigo queriendo, aunque discutamos, sigues siendo una persona muy importante en mi vida, por eso vengo a decirte ante toda España que no me importa que la tengas pequeña. ¡Que digo pequeña! ¡Microscópica! Pero no te preocupes cariño. Lo importante es que sé que estarás conmigo siempre.

... Y diciendo esto su mujer se reclino en el sillón de "la tele" con una sonrisita en los labios y un brillo japonés en los ojos.

Alicia Beneyto

A FRANQUEAR EN DESTINO

Los de esta revista se empeñan en ponérmelo cada vez más difícil. Por una parte les gusta que colabore con ellos contando mis cosas que a la mayoría –incluido yo mismo en ella- le parecen dignas del

más destacado de los impresentables, y, por otra, me plantean temas que ponen a prueba mi imaginación y mis recuerdos.

Ahora se trata de tener o no tener. Y un hijo de papá como yo sabe mucho de eso, sobre todo de la primera parte de la disyuntiva. Pero no me voy a poner a hablar aquí, como haría un gilipollas tipo Narciso, de lo que tengo o dejo de tener. Tal vez sí de mi mala leche. Y de su relación con un asunto de dinero que a mí me divirtió mucho y temo que llegase a perjudicar –espero que bastante- a algunos de esos pesados que se empeñan en contactar con nosotros sin que nosotros se lo hayamos pedido ni les hayamos dado permiso para hacerlo. El título de este artículo se explicará en breve.

No soporto a la gente que se mete en mi vida sin permiso. Y tengo bastante mala leche. Así que no es de extrañar que tomase mis medidas cuando empezó a resultarme cansina la publicidad de esa inmobiliaria de la playa.

Se trataba de una de esas agencias que nos invita a disfrutar de un maravilloso fin de semana gratis en la costa a cambio de tragarnos, simplemente, una presentación de uno de sus magníficos apartamentos que ellos, cómo no, quieren endilgarnos como si tal cosa.

No sé a santo de qué me tomaron como posible sujeto de su política empresarial. Yo ni por asomo tengo mayor interés en tales adquisiciones, más bien en ninguna que deba costearme yo mismo. Y un fin de semana en un lugar cutre de la playa, de esos que son como Móstoles o Parla colocados en la costa, no es mi idea de relax o vacaciones. Y menos para tragarme la publicidad de una empresa.

El caso es que los tipos éstos me habían incluido en su lista de correo. No sé cómo se habían hecho con mis datos. Aunque lo supongo. Uno ya no puede tener intimidad ni para hacer sus compras. Basta con que des tus datos a una empresa, a título confidencial, para que algún listo te incluya en miles de bases de datos y recibas informaciones que no has pedido y publicidad de cualquier empresa de impresentables. Como ésta de los pisos.

Semana tras semana me llegaba una bonita carta haciéndome la propuesta. Se ve que me tenían cariño, porque me mandaban la misma carta una y otra vez. En el interior venía una bonita lámina con fotos de la playa y un rimbombante anuncio: ¡HA SIDO USTED EL

AFORTUNADO GANADOR DE UN MAGNÍFICO VIAJE! Y luego me explicaban los dos espléndidos días que podía pasar con mi supuesta pareja en un idílico apartamento en la playa. Me proponían varias fechas para la visita, fechas que, mes tras mes, me iban cambiando, como si confiaran en que el aburrimiento me motivara para realizar el dichoso viaje. Me daban un teléfono de contacto y me proponían, para tener información más completa y personalizada, que les rellenara un sencillo formulario y se lo enviara por correo. En el sobrecito que se hacía al plegar sobre sí mismo el cuestionario y pegar sus extremos con el borde autopegable se leía la frase mágica: A FRANQUEAR EN DESTINO, sobre el rectángulo que pretendía representar un sello de correos.

Y un día, harto de aquella matraca, tuve una brillante idea que me permitiría vengarme de aquellos pesados y divertirme a un tiempo a su costa. Yo nunca he sido un justiciero enmascarado ni adalid de causas perdidas, pero estoy seguro de que lo que voy a contar ahora le resultará interesante a más de un destinatario de publicidades casposas. Que me copie quien quiera. Aquí la originalidad no aumenta la diversión.

Lo que se me ocurrió fue, simplemente, escanear el cuestionario e imprimirlo, con la mayor verosimilitud, en un papel idéntico al del envío. Saqué varios cientos de copias de aquella ridícula carta –copias que luego tuve que incrementar hasta que me cansé del jueguecito- y me hinché a rellenar cuestionarios ficticios y reenviárselos a la empresa en cuestión. Rellenaba uno tras otro docenas de esos cuestionarios con nombres supuestos y datos falsos y ridículos. Y luego los echaba al correo con la convicción de que llegarían a su destino y allí, merced al compromiso voluntariamente adquirido, los responsables tendrían que abonar el importe del franqueo. Tan indignado estaba con ellos y satisfecho con mi idea que me tomé incluso la molestia de unir el sobre, en algunos envíos, con voluminosos paquetes cargados con un ladrillo y hasta, en una ocasión, con un costoso y horrible jarrón chino propiedad de mi señor padre.

Aquello era la monda. Ahora era yo el que mandaba una tras otra centenares de cartas ridículas de supuestos clientes potenciales de la empresa y les obligaba a pagar el franqueo a cambio de nada.

No sé si la cosa llegó a dolerles de veras. Yo quiero creer que sí. El caso es que durante las primeras semanas aún recibí, religiosamente, mi correspondiente sobre de invitación, pero al cabo de poco más de un mes la publicidad se interrumpió definitivamente. Me gusta pensar que fue por mis envíos. Supongo que comprobaron que su política publicitaria no era la más adecuada y dejaron de mandar las dichosas cartas. A veces, cuando me siento más optimista y fantasma, me da por pensar que mi bromita les costó muy pero que muy cara y que tal vez, ¡oh milagro!, la mierdosa empresa inmobiliaria con sus nefastos métodos de publicidad llegó a quebrar gracias a mí. Supongo que son pretensiones exageradas. Pero es cierto que llevé la contabilidad de mis cartas y al cabo envié más de mil. No sé si la empresa quebró gracias al pago de mis numerosos envíos, si la política de la empresa cambió o si simplemente me sacaron de su lista de reenvíos. El caso es que, un mes después de no recibir sus cartas, tuve la ocurrencia de mandar una de mis cartas falsas a nombre de mi padre y le fue devuelta sin abrir.

No sé cuál sería la causa, si cierre, cambio de dirección, nombre o política, pero yo me divertí un rato largo con mi chorradita. Así que, colegas, si os agobian con esta publicidad infumable, mandadles unos cuantos sobrecitos a franquear en destino y, cuando menos, tendréis la sensación de haberles jodido donde más duele, en el bolsillo.

Pues hala, que os den. A ver si os mola la historia y si no, que os den doblemente y por donde amargan los pepinos.

Sergi Lipodias

INOCENCIA MALTRATADA

"¡Alá! No hay más dios que él, el viviente, el absoluto. Ni la somnolencia ni el sueño se apoderan de él. Suyo es lo que está en los cielos y en la tierra. ¿Quién podrá interceder ante él sino es con su permiso? Conoce su pasado y su futuro, mientras que ellos no conocen nada de su ciencia, excepto lo que él quiere. Su trono se extiende sobre los cielos y la tierra, y su conservación no le resulta onerosa. Él es el altísimo, el infinito".

Guardando rigurosamente los principios prescritos por tu religión has rezado tu última *du'a;* por fin ha llegado ese momento anhelado en el que elevas esa última petición personal a tu Dios antes de alcanzar el estado superior de pureza de tu alma. Y lo has hecho con tu *sura* favorita, la número 2, la sura del Trono. Silencio sepulcral, estado de pureza ritual, humildad máxima en la postura adoptada, palmas de las manos abiertas hacia el cielo, rostro dirigido hacia la *al-qibla*…todo delata una señal de inmaculado respeto cuando te diriges a Él que trasciende lo puramente humano, que roza lo divino. Tus pensamientos acarician el éxtasis del gozo espiritual. Eres plenamente consciente de que cualquier descripción de las sensaciones que en estos momentos está experimentando tu yo material supondría encorsetar, reducir y limitar todo aquello que tu esencia está viviendo. Pareciera que cuando te diriges a Él el *al-yanna*, ese paraíso en el que te prometieron morar cuando te hubieras ganado la recompensa en la última vida, comenzara a acariciar sutilmente tu entendimiento.

Has preparado todo para que salga con precisión milimétrica. Sabes que no van a existir errores porque quienes te eligieron para ese deleznable acto que vas a realizar en apenas unas horas ya se preocuparon de escoger el día y hora adecuados. Con ese convencimiento ahora vas caminando por esa fría e inhóspita calle de esa anónima ciudad que no elegiste para tu último día. Tus últimos momentos, esos instantes que debieran teñirse del amargor más desgarrador se visten sin embargo de un repulsivo y detestable sentimiento de felicidad y que, en busca del efectivo cumplimiento del deber, suponen para ti un éxtasis, la culminación de aquello para lo que fuiste entrenado durante tu pasaje entre nosotros.

Las copas de los frondosos árboles que pueblan las calles que vas recorriendo con paso firme y decidido se mueven al son del viento que ese día golpea a la ciudad con inusual violencia, hoy doblemente maltratada. La ciudad aún duerme. Las despobladas calles parecen querer levantar sus desánimos al ritmo del viento feroz que ruge sin duda deseoso de expresar el desacuerdo con todo aquello cuanto va a suceder, conocedor tal vez de ese magnánimo espectáculo de matanza y de dolor del que va a ser testigo contigo de protagonista estelar.

Mientras te encaminas a tu único objetivo, abstraes tus pensamientos de todo cuanto te rodea, de tus amigos, de tus familiares, incluso de tus propios hijos. Porque no te importa nada. Nada salvo poner tu cuerpo y tu alma a disposición de unos ideales que te han obligado a interiorizar desde que apenas despertabas a la vida. Verdaderamente no eres consciente de ello, pero nunca llegaste a comprender por qué. Desde tu más tierna infancia te obligaron a repetir día tras día las recetas mágicas del *al-qur'an*, tu Libro Sagrado, fuente de sabiduría y dogma de fe absolutamente inamovible e irrefutable, ese compendio de 114 *as-suras* que constituyen la revelación de Alá entregada a su siervo Muhammad. Comenzando por la primera, la *al-fatiha*, la Apertura, "En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso. Alabado sea Alá, el señor del universo, el clemente, el misericordioso, dueño del día de la recompensa, sólo a ti servimos y sólo a ti imploramos ayuda. Dirígenos por el camino correcto, el camino de los agraciados, y no por el camino de los que han incurrido en tu ira, el de los extraviados", que sin duda habrás leído un día tras otro a lo largo del tormento que para ti ha significado tu estancia en este mundo, porque proyectaste todas tus vivencias en un futuro incierto, porque no supiste disfrutar de lo que se te ofreció, porque buscaste trascender tu alma al mundo terrenal, porque buscaste algo más, porque querías tener más y más, porque tenías sed y hambre de poseer aquello que no te pertenecía. Y eso te perdió. Habrás pronunciado hasta la saciedad la *sahada*, afirmando el *tawhid* y reconociendo a Muhammad, o llamémosle *rashul,* o si lo prefieres *nabi*, como el único enviado de Alá; apuesto a que reconoces de inmediato la secuencia que resume la esencia de tus creencias: "*La illaha il-la al-lah wa muhammad rasul-ul-lah*". Te forzaron a interiorizar que Occidente es vuestro ogro opresor y que la senda del capitalismo recorrida por aquellos que no profesan tus mismas ideas es la fuente de todos los problemas que azotan a quienes veneras. No te diste cuenta de que te anularon. Redujeron a la mínima expresión tu capacidad de razonamiento, y con ello suprimieron la riqueza más extraordinaria que la luz de la vida te ofreció cuando amaneciste a ella en este caminar que iniciaste hace muy poco tiempo, menos del que te correspondía por lo que significa este momento. Te

programaron como a un autómata para destruir a tu ogro, a tu contrincante, a tu anti-yo.

Y ahora estás aquí. Te encaminas hacia tu objetivo desprovisto de cualquier síntoma mínimo de duda o de miedo; vas acompañado de la irrisoria determinación de la maldad sin escrúpulos que llevas dentro de ti, y ese poder que te confiere ser el elegido hace que sientas una felicidad descontrolada que ciertamente va más allá de este mundo terrenal, finito y limitado. Ahora empiezas a ser ciertamente consciente de eso que leíste durante todos los días de tu vida: el paraíso existe y tú lo vas a alcanzar dentro de muy poco. Esos instantes que te quedan para abrazar la promesa que un día en el amanecer de tus días aprehendiste y de la que nunca llegaste a desprenderte te van a resultar toda una vida. Estás deseando que todo termine cuanto antes, pero pareciera que esos momentos que quedan para desencajar tus cadenas de esta morada de imperfección no terminaran de quemarse nunca; es como si el tiempo se hubiera congelado para siempre fustigando con látigo inmisericorde lentamente esa agonía que parece consumirte poco a poco.

Al fin terminas por cruzar la distancia que te separa del objetivo y te dispones a aguardar a que llegue ese momento fríamente calculado para que produzca la mayor desgracia posible. Cuanto más dolor más satisfacción. Alá te recogerá en sus manos como héroe de guerra.

Nunca has pensado sobre el significado real de la *shari'a*, ese conjunto de prescripciones divinas que regularon lo que ha sido tu vida. Pero tú las has asumido hasta las últimas consecuencias sin rebelarte, tal vez por miedo al *Naar o gehena*, ese infierno disfrazado con forma de fuego que acoge a las almas pecadoras. Las has interiorizado y aún hoy, el día de tu muerte, sigues creyendo a pies juntillas en ellas. Y con ellas te vas a llevar la vida de almas inocentes que nada tienen que ver contigo, con tu pueblo, ni tan siquiera con tu interpretación de esa declaración de intenciones del mundo occidental con la que pretendes justificar la barbarie que vas a protagonizar. ¿Te acuerdas de tu *al-madrasa*, esa escuela en la que memorizaste hasta la última letra el libro sagrado que tomaste como guía sin discusión en tu vida? Apuesto a que sí, aunque no me lo

reconocerías porque hoy, el día más ejemplar de tu vida, no admites puntos débiles en ti, y el recuerdo de la inocencia silenciosa del niño que fuiste podría desviarte de tu objetivo.

Es la primera vez que visitas esa ciudad. No conoces a sus gentes. Ni siquiera eres plenamente consciente de por qué estás ahí, pero te han encomendado la importante misión de desgarrarte a ti mismo a la hora de más afluencia, cuando una ciudad entera apenas se está levantando. Mientras tus ojos observan atentamente cómo los primeros viandantes llegan al lugar del horror tu cerebro comienza a repasar mentalmente todo lo que tienes que hacer para que la misión que te confiaron salga a la perfección, sin errores. Pero al final no lo puedes evitar y esos impersonales momentos de tensa espera se entrelazan con el recuerdo de lo que apenas unos años antes resultó ser una infancia perdida a causa de la indomable sed del poder y del tener de aquellos que te guiaron de la mano hacia esta muerte segura. Tu familia desconoce tu destino, pero eso a ti no te importa. Enseguida consigues borrar de tu memoria las imágenes de esa niñez robada por unas estúpidas enseñanzas repletas del maldito rencor con que un día fueron concebidas para gloria de tus ancestros. Esa escrutadora, penetrante y fría mirada ausente de cualquier signo de humanidad no hace más que confirmar que el áspero odio que te inculcaron hacia todo lo que no eras tú y tus creencias ha calado en lo más hondo de tu corazón. Tu yo, tu alma, tus entrañas están completamente inundados por la aversión hacia aquello que vas a destruir en apenas unos minutos. Pero te vas a destruir a ti también.

Por más que intento aproximarme a tus esquemas de razonamiento no alcanzo a comprender el porqué de la mezquindad y ruindad de tus pensamientos, el porqué de esa batalla sin contrincante. Tu superficialidad y sobretodo tu actitud escandalosamente alejada de cualquier tipo de preocupación por una mínima capacidad de análisis me indigna y a la vez me aterra. Te miro y sin embargo a pesar del odio y desprecio que me inspiras realmente te compadezco porque no sólo vas a morir, sino que viviste sin vivir, fuiste a ninguna parte y finalmente te quedaste sin aire en la fortaleza de la incomprensión que inspira la lucha perdida por anticipado en aras de aquello que no se conoce.

Allá quedaron en el recuerdo las enseñanzas que te obligaron a repetir jornada tras jornada la *shahada,* esa profesión de fe inicial en la que afirmaste el *tawid* o unicidad de Alá, así como la seguridad de que era Muhammad su único enviado: "*La illaha il-la al-lah wa muhammad rasul-ul-lah*". "*Alá es el más grande. Alá es el más grande. Declaro que no hay más dios que Alá, declaro que Muhammad es el enviado de Alá, venid a la azalá, venid al triunfo, no hay más dios que Alá*". Realmente no te diferencia de mí tu creencia, pues tu *al-umma* podría considerarse ciertamente paralela a mi comunidad católica, sino tu intolerancia, tu extremismo, tu falta de carácter para ejercer la autocrítica y tu determinación para disponer de la vida de aquellos que no profesan tu misma Fe. Es aquí donde empiezas a perder mi respeto. Es aquí donde comienza mi repulsa hacia a ti y hacia lo que significas y representas cuando actúas. Pierdes en el recuerdo el primer día que hiciste tu *As-salat*, ese segundo pilar de tu religión consistente en el rezo de cinco oraciones diarias. *Salat al-fayyr, salat ad-dohr, salat al-'asr, salat al-maghreb* y *salat al-'isha* han coronado los cinco momentos de profesión religiosa uno a uno todos los días de tu vida de los que guardas celoso recuerdo, que se desvanecerá en breves instantes, aunque aún no lo sabes porque tú seguirás convencido de que es un *as-salihat.*

Se acerca la hora de la verdad. Ya sólo te queda por comprobar que todo el material explosivo que tienes a tu alrededor está perfectamente a punto para ser utilizado como arma arrojadiza contra, a pesar de que no lo quieres admitir, tus iguales. Hermanos tuyos, almas completamente inocentes de tu causa. Aquellos que no eligieron vivir donde vivieron. Inicias el movimiento de aproximación al lugar por el que darán sus últimos pasos, como tú, aquellos que serán testigos y por desgracia protagonistas pasivos de la barbarie que vas a causar. Pero a diferencia de ti ellos no quieren morir. Ellos tienen ilusiones; alguno de ellos incluso se encuentra en el amanecer de su vida, una vida que sin duda les habría de dar alegrías y sinsabores, éxitos y fracasos. Tenlo muy presente: todos tienen ganas de vivir. Y tú se las vas a cercenar vehemente sin preguntarlos. Tu egoísmo les hará cómplices obligatorios de tus ideas.

Tus pies han recorrido ya sus últimos metros y comienzas a mirar de reojo a los que van a morir contigo. Ese señor de mediana edad que tienes a tu lado se llama Fernando, hombre bondadoso donde los haya y padre de dos hijos. Fernando es peón de obra sin cualificación y esa mañana se encamina como todos los días a esa misma hora al trabajo que da de comer a su familia. Ese enorme corpachón esconde un hombre lleno de bondad, rebosante de ánimo y buen corazón y, a pesar de la situación de su hijo menor que nació con síndrome de Down, siempre tiene buenas palabras para la vida que, como dice él "Dios le ha regalado". Herminia es la señora que tienes a tu izquierda. La noche anterior recibió la noticia que llevaba esperando media vida: por fin iba a ser abuela. Su hija Alba iba a tener un hijo y deseaba con toda su alma poder disfrutar de su primer y, muy probablemente dadas las circunstancias de su familia, más que probable único nieto. Estaba realmente encantada y la ilusión embargaba hasta el último de sus pensamientos. Detrás de ti está Raquel. Raquel es una adolescente de 17 años que este año cursa 2º de Bachillerato y que tiene puestas todas sus ilusiones en su futuro más inmediato pues este año tiene que terminar los estudios secundarios y ya acaricia el sueño de cursar la carrera que desea con toda su alma desde que tiene uso de razón: quiere ser médico para salvar muchas vidas y para ello cuenta con la inmaculada ilusión que proporciona la juventud ante los desafíos venideros. Detesta las desigualdades entre países ricos y pobres y cuando acabe la carrera tiene decidido dar rienda suelta al motor de su vida desde su más tierna infancia: decididamente va a irse a África como médico a dedicar sus esfuerzos a ayudar a quienes no tienen recursos.

Pronuncias sutilmente tus últimas palabras antes de sembrar de incredulidad a la nación que te ha acogido en tu último suspiro; cierras los ojos y promulgas en voz apenas imperceptible esa fórmula que te condujo sin duda a este punto sin retorno: *al-hamdu al-illah*, seguida de la sura de la adoración pura, una de tus favoritas: "En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso. Proclama que él es Alá, el Único, el Eterno, el que no ha engendrado ni ha sido engendrado, el que no tiene igual". Y finalmente *Bi-smi-l-lah*, que terminas por expresar en su forma completa, "*Bismillahi ar-rahmani ar-rahim*",

principio de cualquier acción que pueda significar una buena acción o una acción sagrada…

Ya no hay vuelta atrás. Has terminado con todo. Tras la explosión un ensordecedor estallido de locura inunda el recinto de la agonía acompañado de la sorpresa e incredulidad de aquellos que fueron testigos y sobrevivieron a tal acto de incongruencia descontrolada. Tu maniobra fue ejecutada con la precisión y determinación requeridas. Nunca te llegaste a cuestionar aquello que hiciste y eso sin duda te ayudó a alcanzar los objetivos que te planteaste. Eso lo sabían quienes te dirigieron, y aquí tienes el fruto de tu vida: te llevaste contigo a cientos de almas inocentes y con ello la inocencia y virginidad social de ese pueblo que nunca hasta ahora fue azotado por la crueldad de la religión del querer tener más bajo cualquier precio, por la sed de venganza de una afrenta que nunca existió. "El fin justifica los medios", pero para ti estos medios son la única forma de conseguir el fin. Tu fin. El fin de tu pueblo. Tu última maniobra ya está hecha. Fernando, Herminia, Raquel han perdido la vida y con ella sus ilusiones y desesperanzas…y las de los que les rodean. Un país entero llorará las pérdidas que tu implacable e insaciable sed de venganza y poder han provocado. Tu miserable descaro ha dejado como legado póstumo una devastadora huella indeleble en la memoria social de toda una nación.

Tus manos manchadas del más ruin de los sacrilegios que una persona puede cometer contrastan con el cuidado que procuraste en vida de seguir firmemente el rito de *al-gusl*, esa purificación que tu fe te exigía cada vez que te dirigías a seguir el rito de tus oraciones diarias. ¡Qué ironías nos guarda el destino! Tu cándida mirada siempre escrutó con una beatífica exigencia los posibles signos de impurificación que existían en tu cuerpo antes de tus loas diarias al más allá…y sin embargo ahora acabas de abrazar el más allá contando con el beneplácito complaciente de tu sucia mirada. Ahora te espera el paraíso. Tus manos sembraron de sangre y de dolor los sentimientos inocentes de un pueblo, de una nación que recibió sin golpear.

Vugoraf

EL MILAGRERO

Los cuentos son más hermosos e interesantes cuando se hacen pasar por reales. La siguiente historia es vista por cualquier beseereviariano inteligente como un cuento, pero nadie evita la ocasión de adornarlo con testimonios supuestamente verídicos que se repiten en mil lugares y en mil generaciones distintas.

Los beseereviarianos, como buenos comerciantes que son, nunca han creído que en este mundo exista nada importante que se obtenga gratis. Esto es aplicable, incluso y especialmente, a los dones divinos. Tan es así, que en Beseerevia nadie cree en los milagros. No, al menos, en verdaderos milagros en los que se disfrute de un premio maravilloso a cambio de nada y de forma mágica. Los beseereviarianos dicen creer en la magia pero, en el fondo, son unos incrédulos a los que les gusta soñar. Para los habitantes de Beseerevia la falsedad de los milagros es una cuestión de lógica. Si los dioses otorgasen sus dones a unas personas y a otras no, saltándose todas las reglas del mundo que ellos mismos crearon en el origen de los tiempos para ser cumplidas, sería un agravio comparativo para los no agraciados. Aun la idea de que los más justos tengan derecho a mayores premios les parece extraña. ¿Por qué debería recibir el buen hombre un premio extra más allá de la propia felicidad que siempre da la bondad? Nada es más valioso, piensan en Beseerevia, que la tranquilidad de espíritu. Y, si de premios se trata, es lógico que queden para la futura existencia en la Sagrada Ciudad de los dioses, no en este mundo.

Pese a todo, los beseereviarianos sí creen en algún tipo de milagro. Es un cuento, pero en cada pueblo, en cada aldea de Beseerevia, siempre se habla, como cosa propia, de un milagrero que pasó por allí. Se le dan muy diferentes nombres, distintos aspectos, se le otorgan distintos poderes y se le adscriben diferentes milagros. En cada lugar dicen que vivió por allí y dan señas de la época, reciente o lejana, en que anduvo por la comarca. Incluso hay siempre un anciano que dice haberlo visto. Pero el milagrero y su historia son, en el fondo y en la forma, siempre idéntica persona y el mismo relato. Si tras el mito existe algo de verdad, algún recuerdo difuso de un pasado remoto, es más bien dudoso. Nadie, desde luego, cree de veras la historia, pero sirve como ejemplo para los jóvenes y

entretenimiento de los mayores que, en su prepotencia, creen que ya nada tienen que aprender de las leyendas.

El milagrero siempre es un personaje misterioso que llega de lejanas tierras al pueblo o la ciudad. Anuncia que es capaz de sanar a los enfermos, de devolver la vista a los ciegos, el oído a los sordos, las piernas al cojo o la cordura al loco. Anuncia que los dioses lo envían con tal poder y que la curación sólo depende de la fe y la voluntad del enfermo. Pero también lanza una terrible advertencia: sus milagros no son gratis y aquél que no sea dueño de un alma pura puede terminar peor de lo que ha llegado. Finalmente, conmina a todos los que quieran ver el prodigio a asistir a determinada hora de la noche al lugar más santo que, según la población en que nos encontremos, puede ser un templo, un santuario o una montaña.

La primera noche, casi todo el pueblo asiste a la reunión. Alguno más viajero que los otros, que ya ha oído hablar del extraño, avisa a sus familiares y amigos para que no acudan a ver los prodigios. La mayoría ignora lo que va a ocurrir y son muchos los que no atienden las advertencias. Los primeros en acudir a la cita son los enfermos y tarados, acompañados por sus familiares sanos o, en el peor de los casos, arrastrando su soledad, más dolorosa y triste que la de los sanos si cabe.

En principio, el milagrero no rechaza a nadie. Ni aun a los chuscos que pretenden divertirse un rato a costa de la credulidad ajena. Los enfermos e inválidos se colocan en las primeras filas. Hay empujones y gritos por conseguir el mejor lugar. El resto de la parroquia, que se espera menos de la reunión, se conforma con ocupar un sitio más alejado. El milagrero pide silencio y fe. Empieza a rezar en voz alta. Salmodia e impreca a sus seguidores. Habla de los dioses y de hombres santos. Relata su temprana conversión, habla de la fuente de su poder y de divinas apariciones. Finalmente, con gesto de tensión, afirma que llegó el instante esperado. Pide fe renovada a los enfermos. Su imagen se torna magnífica, su voz poderosa, se huele la magia en el ambiente. El milagrero parece otra persona. Realmente ya no parece un ser humano sino un espíritu, un santo. Pide a los sanos que marchen fuera. No quiere que nadie sufra un daño innecesario. Los parroquianos obedecen. Incluso los más incrédulos. La voz y la

confianza del milagrero les imponen temor. Sólo algún incauto bienintencionado que, estando sano, acompaña a algún loco o inválido, hace caso omiso de la advertencia y se queda a presenciar el prodigio.

-El mal no puede ser desterrado de este mundo -clama el santón en voz alta-. Tampoco puede ser vencido. Ni tan siquiera por los propios dioses. Sólo puede ser redistribuido. Y ése es el poder que los dioses me han otorgado, Rezad todos, con todas vuestras fuerzas. Pedid por vuestra curación y mantened puros los corazones. El momento ha llegado.

El milagrero se pone de rodillas frente a los creyentes, se dobla sobre el suelo y, apoyando la frente sobre el piso, mantiene sus dos manos unidas por encima de la cabeza. Empieza a balancearse de adelante hacia atrás al ritmo de una monótona cantinela cuyo tono, a modo de salmodia, se va incrementando sin que nadie entienda lo que dice. Muchos entre el público empiezan a seguir su ejemplo y cada cual, según lo que le permiten sus taras, trata de imitar su postura y gestos y se pone a rezar con un fervor que parece cambiar la realidad de las cosas. Si la magia existe, debe manifestarse en instantes de concentración espiritual como éste.

Tras unos minutos que han parecido horas o siglos, según los nervios de cada cual, se oye la primera voz de emoción:

-¡Milagro! ¡Veo, veo!

Y, casi a la par, se escucha un grito desgarrador:

-¿Qué ha pasado? ¿Por qué todo está oscuro?

De repente, alguien ve cómo brotan piernas de sus muñones mientras otro se cae al suelo por sorpresa y, al ser consciente de su estado, empieza a llorar y aullar como loco. Un loco se vuelve cuerdo y un cuerdo enloquece. Un manco sana y un sano que acompañaba al demente pierde un brazo. Un leproso cura y un sarnoso añade a sus llagas todas las de la lepra del vecino. Los gritos de alegría se mezclan con otros de absoluta desesperación. Algunos quieren marcharse, pero es demasiado tarde. El pánico los paraliza.

Ése resulta ser el precio de cada milagro. Ésa la redistribución del mal que anunciaba el milagrero. Los dioses, según el santón, no pueden dar algo a cambio de nada. Su poder sólo alcanza a intercambiar las taras. El milagrero no se inmuta. Lo que sucede a su

alrededor no parece afectarle. Él se limita a rezar y extender su benéfico/maléfico poder sobre todos. El número de muñones, cegueras, idiocias y todo tipo de defectos es el mismo según avanza la plegaria del milagrero, pero las taras cambian de propietario. O se quedan con su dueño, según el caso.

Tras un instante que ha parecido eterno a los que no han recibido dones o los han cambiado por perjuicios y que ha sido tan sólo un onírico suspiro de tiempo para los sanados, el milagrero se contorsiona en el suelo, preso de convulsiones, se endereza, se pone en pie y, con ojos alucinados y la saliva resbalando espumeante bajo su labio, anuncia:

-Por hoy ha terminado. Demos gracias a los dioses.

Algunos escuchan y obedecen con devoción y agradecimiento. Otros maldicen. Varios no se enteran de que aquello ha terminado ni oyen la voz del milagrero. Demasiado tienen con tratar de recobrar el dominio sobre sí mismos y asimilar la catástrofe que se les ha presentado.

-Quien no haya sido sanado hoy, tendrá otra oportunidad el día de mañana. Que aproveche este tiempo para rezar y ponerse a bien con los hombres y los dioses.

Esa llamada a la pureza hace que muchos recapaciten y crean con más fervor. Algunos tratan de comprender qué han hecho de malo para merecer tal desgracia. Otros se preguntan cómo aquel vecino con tan mala sangre ha podido merecer el favor de los dioses. Muchos no creen al milagrero. Aquello no depende de la fe o la bondad, es sólo mero azar. El poder del santón es arbitrario, se dicen. No depende de pureza sino de la mera fortuna. Unos bendicen al milagrero y su poder. Otros lo maldicen. Pero nadie osa tocarlo, temerosos todos no tanto de su poder para hacerles daño como del de no sanarlos, no permitirles la posibilidad de deshacerse de sus males durante la siguiente jornada. Algunos nunca serán del todo conscientes de lo ocurrido. Unos han enloquecido y otros casi, al verse, de repente, enfermos o mutilados. Muchos siguen creyendo al milagrero y se confiesan terribles pecados, ciertos o imaginarios, haciendo propósito de enmienda.

Al día siguiente, con la noche, se repite la misma escena. Pero son muchos menos los presentes. Ahora todos creen en el poder del milagrero. Pero nadie sano quiere arriesgar su salud. E incluso algún enfermo prefiere quedarse en su casa por temor a cargar con más taras que las que ya lleva. Los que más lejos están son aquéllos que fueron sanados la noche anterior, pues son quienes más temen que el mismo prodigio que los curó pueda devolverles a su miserable estado anterior.

Los que ahora quedan son los que confían en su renovada fe. Junto con ellos están otros menos creyentes que piensan tener poco que perder, tales son sus minusvalías. Y están también, cómo no, aquéllos que entraron sanos o casi y, por querer ayudar al familiar o amigo, acabaron cargando con enfermedades que no eran suyas.

El ritual se desarrolla igual que la noche anterior. Cuando el milagrero se postra para iniciar su cántico, la tensión se hace mayor. Todos saben ya lo que va a ocurrir. Cuando el primer grito de alivió suena entre los enfermos, todos, incluso los menos creyentes, se ponen a rezar a los dioses con inusitada pasión, pidiendo salud y perdón a un tiempo. Por desgracia, como sucediera la víspera, las exclamaciones de agradecimiento y emocionada alegría se mezclan con aullidos de terror y blasfemias. Las taras y defectos saltan de unos a otros. Muchos se quedan como estaban. Unos sanan, otros empeoran. Alguno hay que, acaparador, se hace con varios defectos que no eran suyos. Hasta que el milagrero termina su agotadora salmodia y lo resuelto se presenta a todos en forma de alivio o desgracia. Entre los aliviados hay plena coincidencia en sentirse agradecidos. Entre los que se sienten desgraciados existen muchas diferencias. Los que no se han desecho de sus taras desearían estar entre los sanos. Los que han recibido las ajenas se habrían trocado gustosos por los no tocados, para bien ni para mal, por la esquiva fortuna del cambalache.

Si en verdad aquello es obra divina, los dioses deben de ser unos malvados, unos amorales o unos burlones. O quizá poseen las tres cualidades a un tiempo. Tratar de modo diverso a todos aquellos generosos, igualmente dispuestos a regalar sus taras, no parece un principio acorde con ninguna idea de justicia. O sí, sólo que se trata

de otra clase de justicia. De esa igualitaria en lo malo que hace que, siendo el mundo y sus recursos limitados, lo que se quita de una parte ha de ser devuelto a otra y nada es gratis ni sale de la nada. Pero ese equilibrio de dar y quitar no parece conforme con la idea que uno suele hacerse de lo que es justo. Y menos aún lo parece tratar peor que a los demás a algunos que habían llegado sin enfermedad, dispuestos a ayudar al prójimo, y se llevan, como piden algunos santos, los males ajenos. Quizá eso les proporcione la santidad o la salvación divina. Pero tampoco es justo. Hay lugares donde se valoran sobremanera el sacrificio y la resignación. Pero no es Beseerevia uno de ellos.

Si muchos de los enfermos ya estaban desesperados, el grado de inquietud ha de crecer aún más entre los que han quedado enfermos y han acumulado males ajenos cuando el milagrero, en vez de anunciar como la noche anterior que la cura proseguiría al día siguiente, anuncia que se marcha, que su obra en el pueblo está concluida. Quizá algún optimista había pensado que el milagrero repetiría sus sesiones hasta que sólo unos cuantos acumulasen todas las desgracias ajenas y la mayor parte de los habitantes del pueblo estuvieran curados. Quizá alguno hasta confiaba en que se llegase a un duelo entre dos únicos tarados para decidir cuál de ellos dos se quedaría con todos los males del mundo. Evidentemente, ninguno pensaba que él mismo pudiera convertirse en aquel receptor universal de defectos y enfermedades. El optimismo y la esperanza suelen crecer más entre los más desafortunados. Pero no es el caso. El milagrero anuncia su marcha y se propone dejar allí a los tarados restantes. Un clamor desesperado se eleva de sus gargantas. Los más próximos al milagrero le piden otra oportunidad de sanación y, como que el santón los ignora, comienzan a exigirle, a amenazarlo y se aproximan hasta él con los ojos inyectados en sangre. Es frecuente que aquél que pierde toda esperanza quiera arrastrar a la ruina al autor de sus desdichas, aunque se trate del único capaz de corregirlas.

Pero a aquellos desgraciados no les queda ni el triste consuelo de la venganza. El mago se desvanece, desaparece ante sus ojos y nunca más es visto por la aldea, si bien, tiempo después, todo el

mundo asegura que ha visitado otros lugares y que hay testigos de ello. El milagro, si así puede llamarse, desaparece, pero tras el milagrero quedan los enfermos, inválidos y cretinos que él ha hecho y algunos de los originales. También algún sano que bendice mientras dura su existencia a su sanador. Aunque, muy posiblemente, sean más los descontentos que los felices.

La historia, claro está, casi nadie se la cree. Menos aún los que más insisten en su veracidad y se confiesan testigos presenciales del suceso. Pero el relato permite entretener a los chiquillos e inventar docenas de dichos populares con los que moralizar acerca de las bondades del conformismo, la quietud o la propia resignación. Si bien la más profunda lección y enseñanza que los beseereviarianos sacan de esta historia es que uno no debe confiar en los milagros para resolver los problemas. Obviamente no para los que de partida parecen irresolubles, pero menos aún para los que pueden arreglarse sin poner por medio a los dioses o al errático azar. Y son muchos los que opinan que, si los dioses existen y son buenos y justos, no deben intervenir, ni para bien ni para mal, en los asuntos que los hombres se traen entre manos en este mundo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PURO TEATRO

Escena: Una cafetería

Lidia (pensando)

¡Dios mío! Ese de ahí parece Julio. Y yo con estas pintas ¡Que no me vea! ¡Que no me vea! ¡ Me vio!

Julio (pensando)

¡No puede ser! Si es Lidia, ¡qué guapa esta!. ¿La saludo? ¿No la saludo? Me ha pillado mirando. Mejor será que me acerque a saludarla.

Julio acercándose. Lidia saluda tímidamente desde una mesa.

Julio (pensando)

Ya no hay vuelta atrás, me esta haciendo gestos con la mano

Julio -¿Qué hay Lidia? ¡Cuánto tiempo sin verte!. No sabia si eras tu

Lidia -Sí, a mí me ha pasado lo mismo. Bueno y qué te cuentas.

(pensando) *Cada día esta más guapo.*

Julio -Pues nada aquí con unos amigos

(pensando) *Lo que daría por irme ahora mismo contigo*

-¿Y tú?

Lidia -Nada aquí también pasando el rato con Juan

(pensando) *¿Le digo que Juan es mi ex-marido y estamos hablando de la custodia de la niña?... Mejor me callo, me da mucho corte que se entere de lo mal que me ha ido después de lo nuestro.*

Julio (pensando)

¡ Claro! Con quién va a ser con el imbécil de Juan. Siempre baboseando y pululando cerca de ella. Yo no tengo nada que hacer a su lado siempre fue mucho más interesante.

-¿Dónde esta?

Lidia -Ha ido un momento al lavabo.

Julio -Bueno dale recuerdos de mi parte. Me tengo que ir, se me esta haciendo tarde y he quedado luego...

(pensando)

Con mis amigos y me pasaré la noche pensando en ti en lo que pudo haber sido y nunca será.

Lidia (pensando)

¿Quién será la afortunada?

-Vale a ver si nos vemos otro día.

(pensando)

Espero que sea pronto...

Julio -Cuando quieras

(Pensando)

Solo tienes que decírmelo.

Julio se acerca a la mesa de sus amigos

Julio -¡Chicos! Me voy se me esta haciendo tarde

(Pensando)

No puedo seguir aquí. ¡Ojalá me tragase la tierra!

Amigo -¡Julio! Qué prisas te entran... ¿No estabas hablando con una chica?. ¡Oye! Por cierto. ¿Esa no es la tía que me enseñaste en foto, con la que estuviste saliendo?

Julio -Sí ¡Pero no mires!

Amigo -¡Preséntamela tío!

Julio -¡No, tío! No es plan. No ves que está con otro. Además ya te he dicho que tengo prisa. Me voy, nos vemos.

Julio tropieza con Juan

Juan -¡Hombre, Julio! ¡Cuánto tiempo!

Julio(Pensando)

El que faltaba

-¡Hola! Juan ¿Qué tal? Ya me había dicho Lidia que estabas aquí. Bueno Juan tienes que disculparme me tengo que ir.

Juan -¡Vale tío! llámame y hablamos

Julio -Sí claro eso está hecho.

(Pensando)

Sí vas listo para que me siente a escuchar lo bien que te va con Lidia

Juan -Por cierto sabes dónde esta Lidia, no la encuentro

Julio -No, sólo la he visto un momento, bueno ¡chao!

Julio se va.

Juan vuelve a su mesa y se tropieza con Lidia.

Juan -¿Dónde estabas?

Lidia -(Muy seria) En el baño

Juan -Parece que lo haces aposta. No te he dicho que tenía prisa que había quedado con Carmen; Como tú eres una amargada que no sales con nadie te joroba.

Lidia (Hace pucheros)

Juan (Continúa)

-¡No me hagas numeritos! No te pongas a llorar. No sé cómo te he aguantado todos estos años; más vale que te hubieses quedado con el payaso de Julio. Ese también iba montando numeritos... por cierto como has tardado tanto me ha dado tiempo a saludarlo y ver como casi tiraba una bandeja cuando salía del bar. Numerito de ella, numerito de él. Bueno vamos a dejarlo que tengo prisa y quiero acabar

con esto. Ten un cleanex, sécate las lágrimas que te está viendo todo el mundo. Desde luego no tienes sentido del ridículo.

Lidia -Perdona no me hagas caso. Estoy muy sensible con todo *esto.* Ya me calmo. Discutamos *esto* como personas civilizadas.

Alicia Beneyto

LA SEGURIDAD

Casi todos queremos más de todo. Un todo que se resume, normalmente, en tener, en posesiones materiales y otras intangibles. Y es curioso cómo, siendo esta vida nuestra tan breve y mudable, una de las cuestiones que más nos obsesiona es la de las seguridades, el tener nuestra vida encauzada y estable para sentirnos tranquilos con respecto al impredecible futuro. ¡Como si ello fuera posible!

Nos obcecamos en planificarlo todo, en especial el futuro, que es lo que resulta posible modificar. Pero no es fácil. Los factores implicados no siempre dependen de nosotros, ni poseemos todos los medios, ni ponemos aquéllos que están en nuestras manos.

Y, en ocasiones, mientras buscamos ese camino cómodo y tranquilo, apacible y satisfactorio, se nos escapa la vida, que es poco menos que un suspiro por más que, pobres criaturas, con frecuencia nos parezca tan larga como para tener ocasión hasta de aburrirnos de ella y con ella, cuando es más bien de nosotros mismos.

A la par, solemos recordar lo importante de atrapar el momento, las ocasiones que se nos presentan. Pero somos torpes y es bien frecuente que, al llegar la ocasión, nosotros nos encontremos mirando para otro lado, haciendo cábalas y planes acerca de lo conveniente o deseable. Y, peor aún, tal vez logremos lo que nos proponíamos y no sea como lo habíamos pensado. Ni nos satisfaga ni tenga aspecto de ir a cambiar en el sentido deseado. Entonces deberíamos pararnos y, sin embargo, ¡qué frecuentes son las huidas hacia delante!

Buscando seguridades nos perdemos. O nos dejamos perder. Porque, ante la inseguridad, somos capaces de cederlo todo, hasta la libertad o nuestros deseos. ¿No ocurre en estos tiempos revueltos –como todos- de terrorismo y violencia que nuestros gobernantes, con la excusa de la seguridad, nos manejan a su antojo? Es más

importante estar seguro que ser libre. Rápteme, pero no me haga daño, señor presidente.

Queremos aventuras idealmente. Pero, en el fondo, nos fascinan la tranquilidad y la seguridad. Seguridad laboral, ¿quién iba a desear empleos precarios aunque tenga que aguantarse con ellos?, seguridad emocional, ¿quién iba a querer realmente amores tormentosos y complicados?, un hogar propio, aunque nos cueste media vida, lugares familiares que visitar, cuentas saneadas, todo controlado. Si nos faltan las seguridades las añoramos. Incluso cuando nunca las hemos tenido y no sabemos lo que significan.

Pero luego todos soñamos y nos desvivimos por esos sueños que alimentan nuestra imaginación, sean utópicos o no. Ocurre, claro está, que los sueños no se cumplen solos, hay que luchar, arriesgarse, aceptar ese momento indeciso, dudoso, que se nos presenta y seguirlo donde nos lleve. Si queremos premio, aceptemos el riesgo. Si queremos sentirnos vivos y libres, no nos dejemos constreñir por la seguridad. ¡Ay, es tan fácil de decir! Pero resulta tan cómoda la tranquilidad, la sensación de tenerlo todo bien atado aunque no sea deseable ni como lo habíamos pensado. Mejor quedarse quieto, tranquilo, en paz. Seguro.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Être y avoir, sein y haben…por desgracia no sólo se confunde su uso gramatical en muchas lenguas occidentales; sucede a menudo que las sociedades occidentales, maltratadas por la cultura del ser y del tener, los funden en un mismo significado

Vugoraf

TIEMPO

La vida se me escapa entre los dedos,
un tiempo que ya nunca volverá.
Yo lo quiero pasar todo contigo
y el resto de la gente me da igual.
La esfera del reloj es un infierno

donde la pena tiene que girar.
Yo tan sólo quiero hallar un camino
que el tiempo siempre intenta recortar.
Algunas veces estoy en el cielo,
pero otras el mundo me trata mal.
Intento fabricarme mi destino
pero las piedras me hacen tropezar.
Ya sabes, amor mío, que te quiero,
y que es contigo con quien quiero estar.
Es por eso que nunca me resigno
a las horas que nos quieren robar.
Tomamos la existencia como un juego,
pensando que nunca se ha de acabar.
Tal vez el tiempo sea mi enemigo,
por eso lo quiero cada vez más.

Antón Martín Pirulero

EL DUEÑO DE TARTESSOS

Los orgullosos reyes que hollaron esas tierras no podían sospechar que su heredero último sería alguien como Marcial. El propio Marcial tampoco, aunque es bien cierto que el buen hombre no tenía una clara idea de lo que significaba su posesión.

Marcial era labriego, inculto y brutote por más señas. Un iletrado ya entrado en años. Dueño de sus tierras, celoso de su posesión y consciente, aunque sólo a medias, de lo que consideraba un peligro. Algo antiguo e importante que se escondía en sus terrenos y que, a su particular modo de ver, podía llegar a traerle la ruina. ¡Cuántos tesoros habrán quedado sin descubrir por miedos nacidos de la ignorancia! Aunque al miedo no le faltan razones y la ignorancia, en ocasiones, intuye más de lo que sabe y hasta acierta.

Quizá no estuvo acertado Marcial con su manera de actuar cuando hizo su descubrimiento. Es lo más probable. Y él mismo, con los años, sentía cierto remordimiento por la ocultación. En todo caso él sólo había mirado por lo suyo. A él lo heredaría su hijo y él sabía más. O eso se creía, con sus estudios y su ciudad. Pero Marcial no se llevaría su secreto a la tumba. Se lo cedería a Nicolás para que obrara

como mejor lo considerara conveniente. La tierra era su heredad, para bien o para mal. Y él se la había cuidado y con ella había sacado adelante a la familia. A ver si el muchacho era capaz de otro tanto con sus hijos cuando le hiciera abuelo que, al paso que llevaban, comenzaba a ser cosa más que dudosa.

Años atrás, cuando acababa de ser padre por primera y única vez –luego hubo dos abortos y ya la Nemesia no volvió a quedarse preñada-, fue cuando se tropezó con los primeros restos de todo aquello. Fue poco después de las inundaciones. Cayeron unas lluvias terribles que arrastraron muchas fanegas de tierra buena y dejaron barrancos en las cuestas y los suelos algo menos profundos. A ellas les achacaba en parte el hallazgo. El resto, y quizá fuera la causa principal, se lo debía al tractor recién adquirido cuya reja laboreaba con mucha más profundidad que la yunta de mulas y cuya vertedera fue, precisamente, la que le mostró aquel pedrusco que, antes de ser arrancado, le hizo pensar que la máquina estaba estropeada.

Quizá en otro momento no le habría llamado la atención. Uno siempre saca piedras y cascotes de muchos campos de cultivo. Pero aquél era diferente. Y no particularmente por su tamaño. Los había más grandes. Sino por lo extraño que era encontrar un bloque plano y rectangular, como si fuera sillería tallada o la superficie de una baldosa, y que tuviera trazadas estrías con formas geométricas. Marcial tuvo al momento la impresión de que aquello era una piedra antigua, quizá de unas ruinas o hasta de un palacio. Lo mismo era una piedra de la época de los moros, que para él, como para tanta gente inculta de los pueblos, es, en el recuerdo comunal, el tiempo más antiguo y remoto al que se puede uno remontar.

Marcial se llevó la piedra a casa. Aunque no se la enseñó a nadie. Ni tan siquiera a Nemesia, su mujer. Bastante tenía ella con el crío como para preocuparse por otras tontadas. Marcial la guardó en el pajar, con la maquinaria. Más tarde la limpió, la lavó y la observó detenidamente. Estaba convencido de haber hecho un gran hallazgo, no sabía si bueno o malo. Debía mantenerlo en secreto, pero no podía negar que la curiosidad lo devoraba. Y fue por la curiosidad, y no por ninguna otra razón, por lo que Marcial volvió a aquel barbecho y pasó con el tractor y el arado una y otra vez esperando encontrar algún

otro resto. Quizá en su magín ya pensaba hallar un tesoro de los moros, lleno de piedras preciosas, joyas y monedas de oro. Y algo sí que encontró, pero nada que mereciera realmente la pena, sino unas cuantas planchas más, semejantes a la primera aunque rotas y estropeadas. Además de un trozo de una especie de muñeca de barro con aspecto tan antiguo o más que las propias piedras.

Aquello merecía un estudio minucioso que él no era capaz de realizar. Pero, como tampoco quería comprometer su hallazgo y atraer a curiosos o al propio gobierno –cualquier razón era buena para expropiar a un honrado labriego-, decidió ser cauto y mantenerlo todo en secreto. Consultaría a algún experto, pero de modo discreto, sin confesar el origen del hallazgo ni mucho menos que era cosa suya, sino un encargo de algún amigo más tímido o curioso.

Y así fue como lo hizo. Se presentó con la muñeca y la piedra –una estela- bajo el brazo en la universidad dispuesto a hablar con uno de aquellos arqueólogos que le habían recomendado. Le dijeron que era muy discreto y él, que no era tonto, entendió que era uno de esos tipos dados al trapicheo, dispuesto a ganarse unos cuartos ilícitamente siempre y cuando no se supiera el asunto y no se viera implicado en los papeles y, por tanto, su buen nombre resultara manchado. Era un tipo ya mayor, de unos sesenta años, de ojos menudos empequeñecidos aún más por las gafas que, sin embargo, se abrieron como platos cuando Marcial enseñó el hallazgo de "su amigo".

-Esto es increíble. Yo diría que es tartésico. Debe decirme dónde lo ha encontrado su amigo.

-Eso no puedo. Yo no lo sé y él me ha prohibido dar seña alguna, ni tan siquiera su nombre o el lugar en que vive.

La respuesta preparada dejó al estudioso un tanto perplejo y decepcionado. Se leían en sus ojos el interés y la ambición. Pero Marcial no dijo más y tan sólo esperó a que el arqueólogo se explayara un poco más en su explicación, esperando, quizá, que así se ablandara aquel ignorante labriego. Pero nanay, que Marcial no soltó prenda y se quedó con la cantinela del personaje. Para que el tipo no se mosqueara demasiado le entregó la muñeca como obsequio –o pago- por la información ofrecida. Luego Marcial se despidió y se pasó un buen rato caminando al buen tuntún por la ciudad, para asegurarse de que el tipo

aquel, tan goloso de las piedras, no le había seguido. Al parecer quedó medio satisfecho con la pieza cobrada y, quizá, pensó haber sacado algún dato que lo orientase sobre la localización.

Desde entonces no volvió a hablar con nadie sobre su descubrimiento. Por su cuenta investigó un poco acerca de aquel reino misterioso de Tartessos, aunque no encontró nada claro. Lo único que sí lo estaba era que el hallazgo era importante, quizá valioso. Y eso hizo, precisamente, que Marcial se volviera más celoso, preocupado de que alguien quisiera aprovecharse del mismo y de que estudiosos, expertos o el mismo gobierno fueran a sus tierras a incordiar o, lo que es mucho peor aún, a expropiarle la finca con la excusa del valor histórico y les dejasen a él y a su familia con el culo al aire y una indemnización de chichinabo.

Cada vez que pasaba el arado con el rastrillo por la finca aparecía alguna muestra más de los restos del pasado. La finca era grande y se extendía en una extendía curva por sobre una suave colina que cabía pensar que en tiempos remotos fuera aún más baja, o tal vez un mero promontorio en una llanura. Pero los siglos habían ido recubriendo de sedimentos todo el terreno, y con ello las huellas del viejo asentamiento que allí se había alzado, tapando las ruinas de Tartessos.

Marcial no sabía nada de historia ni de arqueología. Marcial no tenía idea del verdadero valor de las ruinas bajo sus tierras. Él hablaba de dinero, de fincas expropiadas, sin comprender que el valor de aquellas piedras era difícilmente mensurable en términos meramente mercantiles. El dueño de Tartessos no podía comprender la riqueza que atesoraban sus posesiones y se encastillaba en sus mezquinos e ingenuos intereses.

Y no es que Marcial fuera mala persona. Ni se planteaba destruir todo aquello para borrar las huellas del peligro que pendía, según su criterio, sobre su hacienda. Marcial era ignorante y tan egoísta, o tan poco, como el que más. Él sólo miraba por lo suyo, por su familia, sus tierras, sus recursos. Y carecía de la curiosidad suficiente como para profundizar en sus conocimientos sobre el tema. Las piedras llevaban años o siglos allí. Desde antes de la época de los moros, lo cual suponía algo impensable para su rústica mentalidad. Y

bien podían seguir allí durante unos años más. A él no le molestaba su presencia. Lo que le fastidiaba era que las piezas hubieran salido a la luz para él. A él le había tocado descubrir las piedras y lidiar con aquella historia. O tal vez otro antes que él ya halló las piedras y las ocultó, como él. Aunque parecía más probable que las tormentas y el laboreo profundo hubieran sacado a la luz lo que llevaba siglos oculto. Lo que, tal y como lo veía Marcial, bien podía seguir oculto una temporada más. Si bien su conciencia, más picajosa de lo que él quería admitir, le aguijoneaba de vez en cuando señalándole la conveniencia de no llevarse el secreto a la tumba y permitir que el pasado, la historia del lugar con sus ruinas y sus huellas, fuera devuelto a las gentes del lugar. Aunque descubrir los hechos no era asunto urgente que fuera necesario desvelar de la noche a la mañana. Bien que la muerte podía asaltarle en cualquier momento y llevarlo a la tumba junto con el secreto, pero eso sería mala suerte y no mala voluntad.

Así Marcial aplazaba siempre la revelación, no sólo al mundo entero sino también a los suyos, celoso de que pudieran actuar descuidadamente con su herencia. No renunciaba a tranquilizar su conciencia, pero no tenía inconveniente en aplazar la decisión mientras año tras año extraía nuevas piedras: sillería, mampostería, varias columnas, cerámicas y alguna que otra figurita como la de aquella muñeca. Piezas todas que recogía con cuidado, intentando no destrozarlas al extraerlas. Piezas que almacenaba celosamente en el pajar, entre los aperos de labranza y en un par de recios arcones de madera.

Hasta que un día, ya anciano aunque reacio a abandonar las tierras y su labor, decidió que bien podía dar a la luz sus descubrimientos. Aunque debía hacerlo con discreción, evitando que nadie le recriminase el mantener el secreto ni lo pensase torpe o descuidado. Él estaba anciano y para jubilarse. Quería reposo y, a la vez, no deseaba tenerlo. El chico ya estaba crecido y en la ciudad, un tipo que trabajaba con su cabeza y vestía chaqueta y corbata, alguien que nunca regresaría al pueblo para seguir con las faenas del campo. Era el momento de mostrar a la luz sus hallazgos.

Marcial lo tenía todo previsto. Primero le confesaría a su hijo el hallazgo, aunque sin mencionar claramente la historia de la

ocultación. Luego los dos harían pública la noticia de las ruinas. Y Marcial disimularía haciendo como que se había llevado una gran sorpresa –lo cual era cierto- al encontrar aquellos pedruscos bajo el sembrado. Sólo que no diría que la sorpresa fue casi cuarenta años atrás, sino cosa reciente. Porque este mismo año se habían producido fuertes tormentas y eran la excusa perfecta para justificar el afloramiento de los restos. Y confiaba en que el arqueólogo de marras estuviera muerto, o lo bastante viejo como para no estar activo. Aunque lo más probable era que ni se acordara de él ni fuera capaz de reconocerlo caso de volvérselo a encontrar. Por ahí no había problema. Luego Marcial se desentendería del asunto. Que su hijo, el moderno, el tipo de ciudad, se hiciera cargo de todo, él que sabía tanto. Él se jubilaría y ya no se preocuparía de la suerte de las tierras. Si Nicolás no se andaba listo y se dejaba quitar su herencia, peor para él.

Por desgracia para Marcial, sólo la primera parte del plan la pudo llevar a término. Hizo como que, al pasar el arado una vez más, tropezaba con piedras. Que las reconocía como cosa rara y llamaba a su hijo, a Nicolás, para que viniera a echarles un vistazo. Le enseñó las últimas piedras descubiertas y, como si fueran parte del reciente hallazgo, todas las piezas almacenadas durante décadas.

-Papá –le dijo el chico con esa familiaridad que él nunca había usado con su propio padre-, ¡esto es impresionante! Parecen restos muy valiosos y antiguos.

Pues claro que lo serían. Y el chico estaba tan eufórico que parecía que el descubrimiento hubiera sido cosa suya. El padre se hizo el bobo, aunque se reía por lo bajinis. Nicolás dijo que iba a ponerse en contacto con un viejo amigo del instituto, profesor de historia o algo así, para que lo viese. Y la Nemesia, al saber de todo aquello, también se llevó una gran alegría. Que no pudo compartir con el marido, ni con el hijo. Porque desapareció de repente cuando Marcial cayó enfermo. La cosa parecía grave, pero no tanto. Marcial sólo estuvo ingresado tres días. Y no porque luego le dieran el alta, sino la baja definitiva. Pero del mundo de los vivos. Se murió casi de repente, de algo del corazón, según dijeron en el pueblo, repitiendo las palabras de la compungida viuda.

El hijo le guardó luto, pero no abandonó el plan de estudiar aquellos restos descubiertos en la finca grande, la del monte. Tal vez pensaba que aquél era un adecuado homenaje a su padre, que mostrar al mundo su postrer hallazgo lo engrandecería ante todos. O tal vez era algo tan simple como que aquello le servía para mantener la mente ocupada y no pensar en su padre recién fallecido.

Nicolás disfrutó de una efímera fama. También Nemesia, su madre. Aunque todos estuvieron de acuerdo en que el descubridor de las ruinas había sido el malogrado Marcial. Bajo sus fincas estaban, nada más y nada menos, que las ruinas de la antigua y mítica ciudad de Tartessos, la que mencionaban griegos y romanos, la del famoso y riquísimo Argantonio. La del labriego Marcial Hernández.

Al cabo la breve fama pasó y la finca fue expropiada, tal y como Marcial había temido en vida. Y no fueron muchos los dineros que su hijo y su viuda recibieron a cambio de tan portentoso hallazgo. Docenas de operarios y arqueólogos empezaron casi de inmediato a trabajar sobre el terreno. Contaban con subvenciones locales, comarcales, regionales, estatales, comunitarias, privadas. Pronto en vez de la loma de los sembrados hubo un yacimiento arqueológico en el que se elevaban algunos muros y se podía contemplar el trazado de calles y plazas. En un par de años se abrió al público el mayor parque arqueológico de la provincia, quizá de toda Andalucía. Las ruinas no estaban muy bien conservadas y la reconstrucción no era, en muchos casos, posible ni deseable. Se establecieron unas oficinas y un museo donde se podían escuchar explicaciones de los guías y observar las piezas rescatadas del olvido, donde se relataba la historia conocida –poca- de la antigua Tartessos y los retazos reconstruidos a partir de las piezas. En el recinto había una sala de audiovisuales dedicada, junto con una pequeña placa de bronce, al descubridor de las ruinas: el ahora muerto e insigne Marcial Hernández, durante décadas dueño de Tartessos.

Sí que conservó la familia algo más que el recuerdo y los pocos cuartos recibidos. Conservó las piezas que Marcial había ido almacenando durante años en el pajar, con la herramienta y las máquinas. Muchas piezas, según le parecía a su hijo, para haber sido extraídas en una sola campaña. Pero tan preciadas como para

guardarlas celosamente, como recuerdo valioso, igual que su padre había ocultado a todos su preciada posesión durante años y años. Por desconocidas, nadie echó de menos esas piezas. Faltaba saber, cómo no, si Nicolás, poco antes de morir, haría pública su existencia, como su padre tiempo atrás.

Tartessos había vuelto a la luz, desmejorado y semiolvidado. Su último rey, por el contrario, yacía enterrado en el cementerio de la localidad, con una pequeña lápida grabada, unas flores marchitas y, algo más lejos, una placa recordando su nombre a la entrada de lo que fue su desconocida posesión.

Juan Luis Monedero Rodrigo

OLOR DE SANTIDAD

Tener o no tener. Todos deseamos tener algo. Se pueden tener bienes, deseos, vocaciones. Y yo pretendo hablar aquí de una pequeña comunidad montañosa de Etiopía en la que todos tienen vocación de santos.

Allí todos son profundamente religiosos, muy cristianos y píos. También muy brutos, como pudo comprobar el malhadado explorador Pierre Dijon, que murió allí a manos de tan beatas gentes. Sólo unas décadas más tarde se llegó a saber la razón del martirio de aquel pobre e ignorante aventurero de principios del siglo veinte.

Entre los ineguha, que es el nombre de este pueblo que habita cerca de la frontera con Somalia, la santidad empieza con el desprendimiento de todo lo material para alcanzar, a través de la generosidad extrema, el camino del cielo y la salvación.

Entre ellos es costumbre ofrecerse magníficos regalos, no guardar casi nada para sí mismos y vivir en la más absoluta miseria. Pero entre ellos no aceptan esos regalos que les comprometen a la posesión material y, además, crean lazos de agradecimiento que no desean. Y es que para ellos, a un modo semejante al de los japoneses, el regalo crea un vínculo, una deuda difícil de pagar. Y aún más: obliga a servidumbre, a correspondencia y, ante todo, a realizar un complejo ritual de purificación con el que limpiar el pecado de la avaricia, que no se puede justificar por mero agradecimiento, que les ha animado a aceptar las dádivas ajenas.

Entre ellos el que no regala es pecador y el que acepta regalos también. De modo que su vida social y espiritual se ven grandemente complicadas por tan extraña costumbre. Para evitar la servidumbre tratan de evitar los regalos ajenos y, a la vez, de que sus vecinos acepten sus obsequios. Como entre ellos la costumbre y sus derivaciones están ampliamente arraigadas, existe el acuerdo tácito entre los ineguha de no ofrecerse presentes para no crear compromisos y problemas. Pero, si entre ellos no pueden ser dadivosos como necesitan para ganar el cielo, no les queda otro remedio que el de mostrarse generosos con los forasteros, que no se sienten obligados por las dádivas ni crean problemas sociales en la comunidad.

De ahí deriva la fama de estas gentes entre las comunidades limítrofes. Les llaman los "santos" y los "generosos", aunque en los términos se incluyen la sorna y la diversión. Los ineguha son famosos por su hospitalidad y la prodigalidad con la que agasajan a sus invitados. Y todo aquél que pasa por una de sus aldeas habla con admiración de su extraordinaria generosidad y de la supina estupidez que les obliga a pelearse por hacer el obsequio más valioso y quedarse en la más precaria situación. Pocos saben que así se ganan el cielo.

No lo sabía cuando se introdujo entre ellos monsieur Dijon. Que había oído hablar de sus hospitalarias costumbre, pero no de su sagrado origen. El francés llegó a una aldea ineguha y aceptó, tratando de ser amistoso, cuantos regalos le ofrecieron los lugareños. Él, por su parte, trató de ofrecerles algunos de sus utensilios, pero ellos los rechazaron todos. Pasó entre ellos varias semanas y nunca se atrevió a rechazar un regalo, pensando en congraciarse así con aquellas gentes.

Para su desgracia, los ineguha, convencidos de que aquel tipo, que vivía entre ellos y aceptaba todos sus regalos sin sentirse obligado, con idea de permanecer entre ellos y no seguir su camino, debía ser un demonio dispuesto a aprovecharse de ellos y tentarlos con las mieles de la posesión, decidieron acabar con su vida en un improvisado acto de fe con sacrificio ritual y hoguera incluida.

Los hechos fueron interpretados varios años más tarde –se cree que correctamente- por el antropólogo alemán –judío askenazi

por más señas- Rudolph Schechter. Este hombre logró ganarse la confianza de los ineguha y pasó tres años viviendo entre ellos. Fue respetado como hombre santo, adoptado como miembro de la propia etnia y se le recordó durante años como "el ángel blanco". El judío interpretó correctamente la situación, comprendió el valor simbólico y material del regalo, la deuda que creaba y la relación con la moralidad y el sentimiento religioso. Fue en parte, como él mismo confesó años después, por pura suerte. Cuando se presentó ante ellos y empezaron a ofrecerle sus regalos, él no los quiso aceptar sino a cambio de sus propios presentes. Se fijó en el aspecto miserable de los obsequiantes, que nada tenían, e intuyó que ganaría su respeto si adoptaba semejante porte y regalaba entre ellos todos sus bienes. Obviamente los ineguha no aceptaron sus obsequios y él tampoco adquirió deuda moral con sus hospedadores. Tras ese inicio afortunado, Schechter fue prudente y se ganó por completo la confianza de aquel pueblo de labriegos y ganaderos, poco distinto de otras etnias de la región pero con la única peculiaridad de su extraño sentido de la santidad.

Los ineguha llaman la atención, siendo como son el único pueblo que lleva al extremo –por más que el cristianismo lo tome por bandera- la vocación del no tener, el desprendimiento total como vía de salvación y santidad.

Euforia de Lego

SUS HIJOS

Es frecuente que lo que no comprendemos nos resulte extraño. Es habitual que lo que nos resulta extraño nos provoque rechazo. Y a Jonás Fresasconnata le sucedía exactamente aquello: no comprendía y le repugnaban las prácticas inhumanas, y a sus ojos indecentes, de esas gentes.

En uno de sus múltiples viajes, el viajero espacial había recalado en un mundo que no conocía: Devaxxxa. Y siempre le apetecía tomar contacto con gentes desconocidas para él. Devaxxxa tenía fama de ser un lugar relativamente civilizado. Sus pobladores, los vaxxes eran seres inteligentes, razonablemente amistosos y pacíficos. O eso era lo que se pensaba de ellos en el exterior. No

había demasiada información sobre aquellas gentes en las bibliotecas digitales que Jonás pudo consultar antes de partir hacia Devaxxxa, pero sí se describía físicamente a los vaxxes, se comentaban los logros de su ya antigua civilización y se indicaban, muy someramente –de seguro que por desconocimiento del redactor- algunas peculiaridades de estos alienígenas, de los que se decía que eran tremendamente competitivos y extrañamente desapegados de sus crías –así decía, crías-, lo cual resultaba extraño desde todo punto de vista entre las especies inteligentes de las que Jonás tenía conocimiento.

No obstante aquellos datos precipitadamente recabados, la curiosidad de Jonás por entablar contacto con los vaxxes no había hecho sino incrementarse desde que aceptó el encargo del suministrador. Obvio es decir que la curiosidad ya existía cuando le ofrecieron transportar un cargamento de titanio hasta la lejana Devaxxxa. Si en sus viajes Jonás sólo se hubiera movido animado por el dinero que pudiera ganar, nunca habría aceptado ir a Devaxxxa ni a muchos otros lugares exóticos. Había suficiente trabajo en el espacio humano para que un transportista se ganase la vida holgadamente y, desde luego, con mucha más comodidad que la que asumía el bueno de Jonás. Pero el transportista deseaba, antes que incrementar su peculio, acrecentar sus conocimientos y nada había que inspirase más su imaginación que contactar con civilizaciones extraterrestres. Así pues, como en tantas otras ocasiones anteriores, el sociólogo aficionado había aceptado realizar el porte a Devaxxxa pese a lo magros que se preveían los emolumentos que iba a recibir. Y cada vez estaba más satisfecho de su decisión, puesto que los vaxxes prometían ser unos personajes de lo más interesantes.

Todo esto iba pensándolo el bueno de Jonás mientras dejaba que Betsie le tradujera las instrucciones que los vaxxes les enviaban desde el espaciopuerto de Gottoxxs, la segunda ciudad del planeta, para que el transporte estelar tomase tierra y pudiera deshacerse de sus mercancías después de comprobarse que todo estaba en orden para el descenso y la descarga.

Los robots se encargaron de la descarga de Betsie. Poco era lo que Jonás podía hacer mientras tanto salvo esperar que, más

pronto que tarde, llegara el momento más importante. Para él no era la descarga de las mercancías, ni el cierre o el pago de los negocios. El momento estelar de la jornada era aquél en el que recibía el permiso para descender él mismo de Betsie y entablar contacto con los alienígenas correspondientes, en este caso los vaxxes. No siempre era fácil conseguir que lo dejaran descender. En ocasiones se le prohibía tajantemente y Jonás debía regresar a casa sin siquiera haber podido ver a los sujetos de estudio, la causa principal de su oficio. Así le había sucedido con los utubaris, tan celosos de su cultura como para no consentir que un extraño, aunque fuera un mero transportista, viera sus ciudades y a sus pobladores desde tierra firme. O con los aaab, aunque en ese caso debía mostrarse agradecido por el detalle de que lo dejaran marchar de balde, pues sabía que sus extrañas costumbres hospitalarias incluían despellejar al invitado, descuartizarlo vivo y devorarlo sin cocinar. No obstante, salvo en casos tan drásticos como el de los aaab del planeta Ludifar, a Jonás le fastidiaba sobremanera tener que concluir un viaje sin haber contactado con los naturales del lugar. Bien que hubiera cobrado, pero para él lo menos satisfactorio era marcharse de un planeta sin saciar su curiosidad por los aborígenes, con el rabo entre las piernas y cabreado hasta el límite de la irritación.

No sucedió tal cosa con los vaxxes. No bien había comenzado la descarga del titanio cuando Jonás Fresasconnata recibió, a través del comunicador y vía traductor universal, el correspondiente permiso para descender por la plataforma y pisar suelo devaxxxo.

El olor del planeta, o al menos el de Gottoxxs, no era particularmente agradable. Se intuían ciertos vapores sulfurosos que, si no convertían la atmósfera en irrespirable para un humano, sí que causaban un desagradable mal olor. Y peor fue la primera impresión con los vaxxes. Un operario lo recibió amablemente al descender. No fue su aspecto lo que lo asustó. Ya lo conocía de los hologramas. Éste portaba el uniforme reglamentario de la tropa vaxxe, pero su aspecto era tan característico como preveía: cuerpo grueso, sin piernas o pies, extremidades a modo de brazos con manos prensiles, cabeza redondeada con recias orejas –o algo así- puntiagudas en su extremo y parecidas, en general, a las de un perro pachón. Pero en mitad de su

cara, con grandes ojos almendrados de un color morado, llamaba poderosamente la atención su nariz, que realmente no era tal sino un apéndice táctil, a modo de trompa y antena a un tiempo, útil para tocar, coger y comer -a falta de una verdadera boca-, una enorme protuberancia de color verde brillante que daba a todo el individuo el aspecto de un payaso, borracho por más señas, con ojos morados, cara rojiza y enorme nariz verde, de idéntico color que las orejas parabólicas que caían sobre sus mejillas. Eso a Jonás le resultaba simpático, igual que le hizo gracia al ver el primer holograma, pero no fue lo que le impresionó. Lo malo fue el olor de aquel sujeto, que no era otro que el de la atmósfera pero intensificado, como una suerte de olor a huevos podridos increíblemente magnificado, como si los huevos hubieran sufrido un tratamiento químico para que el olor a revenido se multiplicase por cien. Jonás, pese a todo, fue capaz de mantener la compostura y, ahogando una náusea, saludó al personaje:

-Me llamo Jonás Fresasconnata, soy transportista y sociólogo aficionado y mi intención es pasar unos días entre el amable pueblo vaxxe para empaparme de sus costumbres.

El operario, por cuyo rostro no podía deducirse nada, se enteró de las palabras del humano a través del traductor que pendía de su pecho. Seguidamente emitió un horrísono rugido, que trajo más pestilencia al sensible olfato de Jonás y que el traductor convirtió en un amable saludo y un gesto, que Jonás trató de devolver, que significaba algo semejante a un abrazo y que se basaba en un leve balanceo a los lados de su cabeza sin cuello.

Salvo por el olor, el primer contacto parecía positivo. Los vaxxes, al menos aquel tipo que lo saludaba, eran gente hospitalaria y dispuesta a compartir su tiempo y costumbres con un extranjero. Jonás tendría ocasión para investigarlos durante unos días. Aunque no sospechaba que su estancia entre aquella gente fuera a resultar tan desagradable como al cabo fue, y no precisamente por el olor al cual el olfato humano siempre acaba, bien que mal, por acostumbrarse.

Y no es que los vaxxes fueran malos anfitriones, al contrario. Hubo varios notables de Gottoxxs que se disputaron el honor de alojar al visitante terrícola en su casa. Al final fue uno de los más ricos comerciantes del lugar, uno de los que lo habían contratado, el

que se lo llevó con él. Decir él o ella era, la verdad, indistinto, puesto que los vaxxes no eran seres sexuados en el sentido humano. Sí que tenían sexo, y procreaban por parejas, pero con el único objeto de intercambiar material hereditario y lograr variabilidad genética mediante la unión de gametos. Pero, por lo demás, aunque se trataba de seres sociales, acostumbraban vivir solos en sus mansiones, enormes en el caso de los notables, como este Aqxxa que lo alojó.

Como anfitrión fue magnífico: le proporcionó todo lo que pudiera necesitar. Ya que la comida vaxxe no era compatible con la bioquímica humana, se tomó la molestia de enviar quien le trajera el alimento que Betsie, siempre estacionada en el espaciopuerto, sintetizaba para él cada día. Incluso preparó para él un lecho lo bastante cómodo como para que pudiera practicar aquella extraña costumbre –desconocida para los vaxxes- de desconectarse durante unas horas para dormir. Le acompañó en muchas visitas, procuró entretenerlo e informarlo y se mostró todo lo atento que puede esperarse de un extraño amable.

Aqxxa era, no obstante, un tipo extraño, como todos los vaxxes, que vivía solo, al margen de un par de criados que habitaban en lugares distintos de la casa y un montón de pequeñuelos que Jonás conoció únicamente al cabo de unos días y que fueron la causa de su malestar en Gottoxxs.

Más tarde Jonás intentaría racionalizar las costumbres de los vaxxes y disculparía muchas de las que había considerado aberraciones al conocer su existencia. Pero eso fue en frío, ya lejos de Gottoxxs y de Devaxxxa. Por el momento Jonás comprobó que su atento anfitrión, y todos los vaxxes con los que pudo interactuar, eran seres tan cortésmente amables como desapegados en realidad. Aqxxa lo colmó de distantes atenciones a través de sus criados, que tampoco mostraban la mínima emoción al ocuparse de él. Acudió a varias recepciones, visitó numerosos lugares, habló con bastantes vaxxes y asistió a numerosas conversaciones ajenas, pero no observó nada parecido a la afectuosidad entre ellos. Aprendió que los vaxxes sólo se unían físicamente para procrear. Entonces intercambiaban una buena dosis de gametos, formaban un montón de cigotos y ponían varias centenas de huevos. Se separaban y no volvían a juntarse hasta

bastantes años después, aunque entonces solían ser fieles –siempre que la descendencia anterior hubiese sido viable- y volvían a aparearse con el mismo congénere. Y Jonás contempló a algunas parejas y entre sus miembros sí que creyó ver verdadero amor, al margen de la escasa expresividad de aquellas gentes con cara de payaso.

En realidad los vaxxes sí que eran afectuosos, aunque les costaba relacionarse y mostrar afecto ante desconocidos. Y luego, ya de vuelta en Betsie y olvidado el mal sabor de lo que tuvo ocasión de ver, hasta buscaba explicaciones a ese aparente desapego y ese miedo al fracaso afectivo, explicaciones que situaba en la terrible infancia de aquellas gentes.

Porque su infancia era tan terrible que fue aquello y no ningún otro aspecto de los vaxxes lo que le hizo aborrecerlos y considerarlos seres bestiales. Todo empezó cuando descubrió el habitáculo de los hijos.

De los cientos de huevos que ponía cada vaxxe después de aparearse, salía una progenie de diminutos vaxxes, en todo idénticos a sus mayores salvo en el tamaño a partir de la primera semana de vida. Al nacer eran ciegos y su color era distinto, según se informó, pero, por lo demás, los retoños eran vaxxes en miniatura. Aunque sus padres no los consideraban en absoluto como seres de su propia especie, sino más bien como entes de su absoluta propiedad. Y es que cuando un vaxxe se refería a alguno de sus pequeñuelos como su hijo, el posesivo indicaba brutalmente la situación de dependencia de cada retoño.

Los cientos de pequeñuelos de Aqxxa se hacinaban tras un enrejado, a modo de jaula, como si fueran gallinas o conejos, construido para ellos en la peor habitación de la enorme residencia. Y su padre no se preocupaba en absoluto por su estado. Uno de los criados les echaba de comer de vez en cuando –daba la impresión de que sólo lo hacía cuando milagrosamente se acordaba- y daba lástima contemplar a los pobres retoños peleándose violentamente, y casi sin energías, por cada miserable bocado de comida.

Al ser interrogado al respecto por Jonás, quien intentó disimular del mejor modo que fue capaz la repugnancia que le

causaban aquellas bárbaras costumbres, Aqxxa no se molestó en disculpar sus usos ni en justificarlos.

-¡Ah, mis hijos! No son malos chicos. Ya me han proporcionado varias satisfacciones, y eso que son muy pequeños todavía.

Y es que, efectivamente, los retoños de Aqxxa apenas habían cumplido los tres años, lo que los convertía casi en bebés, habida cuenta que la edad adulta se alcanzaba –o así se consideraba legalmente- a los treinta años devaxxxanos. Y, con todo, aquel elegante y serio comerciante los trataba como si fueran basura, como un incordio o, en el mejor de los casos, como un recurso aprovechable. Tal le parecía a Jonás aun antes de saber más al respecto, y no le faltaba razón.

Jonás, lleno de curiosidad, intentó sonsacar a otros vaxxes e, incluso, usó el traductor universal para intentar leer varios tratados autóctonos sobre el particular. Y, cuanto más sabía, más le repugnaban los vaxxes, los cuales, por cierto, le contaban todo lo que él deseaba sin el menor pudor, vergüenza o signo de arrepentimiento.

Entre otras lindezas al respecto, Jonás comprendió que los vaxxes utilizaban a sus hijos como mera mercancía. Un vaxxe carecía de derechos hasta alcanzar la edad adulta. Dependía por completo de su padre, que era su propietario y tenía potestad absoluta sobre su vida.

Un vaxxe podía matar a su hijo si le apetecía. No necesitaba dar una explicación ni una justificación. No era delito, ni tan siquiera falta. Muchos vaxxes, y esto pudo comprobarlo Jonás cuando Aqxxa le mostró a qué se dedicaban algunos de sus hijos de una generación anterior que todavía le proporcionaban pingües beneficios, comerciaban con sus hijos. El comerciante, cual usurero especialmente inhumano y mezquino, vendía a sus hijos como esclavos y era usufructuario de parte de los bienes que aquéllos producían. Otros eran, nominalmente, sus trabajadores, pero dependían por completo de él y vivían en miserables barracones junto a las fábricas donde trabajaban. Jonás vio a Aqxxa y a otros vaxxes propinar soberanas palizas a algunos de sus retoños ya crecidos –tipos de unos veinte años, indiferenciables de un vaxxe adulto- por cometer el

mínimo error o imprudencia o, siquiera, por emitir la queja más moderada y razonable con respecto a su situación. Cada vaxxe actuaba con sus hijos –o más bien contra ellos- como un auténtico déspota o un tirano despiadado.

-No entiendo el objeto de tanta violencia para con vuestros hijos –aventuró Jonás en una ocasión en que, tras contemplar como un vaxxe asesinaba impunemente a un niño pequeño, no se sintió capaz de morderse la lengua ni la náusea fue capaz de ahogar su voz.

-¿Violencia? –se extrañó Aqxxa, aparentemente más divertido que ofendido- ¡Oh, no, mi querido amigo! Nuestros hijos aún no son vaxxes y, si alguno ha de convertirse en persona, todos estos años bajo nuestra tutela y propiedad les servirán de saludable aprendizaje.

Aquello era inaudito. Jonás podía comprender que, ya que tenían cientos, quizá miles de hijos, contando las distintas generaciones de siervos que se procuraban al procrear, el afecto por la descendencia no debía de ser muy fuerte. Pero de ahí a maltratar de aquel modo a su progenie, a seres que en el futuro se convertirían en vaxxes como ellos, mediaba una distancia infinita. Tal vez aquel aprendizaje al que Aqxxa se refería tenía que ver con una suerte de selección pseudonatural de la progenie como la que el transportista había contemplado en alguno de sus viajes: aquello de la permanencia del más fuerte, un aprendizaje que permitía la supervivencia de los más capacitados y la eliminación de individuos defectuosos. Pero no lo parecía. La violencia de los vaxxes para con sus hijos era gratuita y sin objeto, indiscriminada.

La culminación de aquellas aberrantes prácticas fue la causa de la inmediata partida de Jonás. Aqxxa iba a dar un banquete para varios colegas y amigos. Jonás, que ya meditaba su marcha pero a la vez deseaba poner en claro sus observaciones, explicándose a los vaxxes de un modo razonable, también estaba invitado. Y no dio crédito a sus oídos cuando el traductor universal –que no, imposible, no se había estropeado, y bien pudo comprobarse a posteriori- comunicó la orden de Aqxxa a uno de sus criados:

-Para la cena de hoy serviremos a tres o cuatro de mis hijos más lozanos. Sácalos del cercado –el término, según fue traducido,

parecía semejante al empleado para granja- y cocínalos adecuadamente para nuestros invitados.

¡Dios, qué asco! Jonás sintió que todo dentro de él se revolvía. Canibalismo, filicidio y exhibición pública. Aquello era increíble. Y Jonás no se sentía con ánimos para presenciarlo, aunque no pudo excusarse y acabó siendo testigo de aquella monstruosidad.

La fiesta fue todo un éxito, aunque no para Jonás. Todos los invitados se marcharon satisfechos y ahítos. El bueno de Jonás no probó bocado y eso que en su menú no entraba el hijo de Aqxxa. Y, pese a la inexpresividad que un vaxxe tenía para un humano, pese a su sabida falta de emotividad, al transportista le pareció ver gula y placer en los gestos de los alienígenas.

Cada pequeño, debidamente troceado, asado y condimentado al gusto vaxxe, fue servido en un par de fuentes de metal. Y los invitados no dejaron nada en el plato. Jonás intentaba disimular, mirar para otro sitio. Pero, finalmente, no pudo contenerse y estalló:

-¡Esto es abominable! ¿No os da vergüenza?

Todos los vaxxes lo miraban, sin saber qué pensar. Y, aunque resultaba imposible determinar lo que se ocultaba tras sus gestos hieráticos, Jonás se sentía incapaz de detenerse ahora que todavía estaba a tiempo.

-Se trata de un crimen, ¿es que no os dais cuenta? Os estáis comiendo a uno de vuestros congéneres, a un vaxxe hijo de un vaxxe.

Ahora los alienígenas parecieron reír, pero no perdieron la compostura y prosiguieron con los suyo. Fue Aqxxa, como anfitrión, el que trató de dialogar con su huésped humano, pese a su notable incorrección y falta de tacto.

-Amigo Jonás, tú no comprendes. Eso no era un vaxxe, ni tan siquiera un hijo. Era sólo un proyecto, un útil que ha cumplido con su cometido.

El vaxxe se mostraba pedagógico y razonable, como quien entre los humanos habla con un niño. Quizá, tras aquel acceso de ira, los vaxxes pensaban de Jonás que era un ser inmaduro, como un vaxxe infantil. Quizá lo pensaban de toda la raza humana. Aqxxa trató de hacerle comprender la situación, pero el humano no era razonable, horrorizado como estaba por sus extraños prejuicios.

Jonás le habló de amor paterno-filial. Pero los vaxxes no conocían nada semejante al amor de un padre por sus hijos o de los hijos por el padre. El vaxxe adulto era un ser con derechos, el infante no. El padre sólo aceptaba que un retoño era hijo suyo si alcanzaba la edad adulta, y entonces lo trataba con consideración, como a otro vaxxe cualquiera. Pero entre padres e hijos nunca llegaba a haber una amistad como la de las parejas de vaxxes. Quizá, pensó Jonás, era un modo drástico de evitar el incesto. Pero también una pérdida: hijos esclavos de los padres y adultos que no amaban a sus progenitores. "¡Qué horror!", se dijo el transportista. Y calló.

Procuró inhibirse durante el resto de la velada. Se apartó de los otros y quedó solo y silencioso. Por suerte Aqxxa y los suyos estaban lo bastante ocupados y entretenidos, tal vez también ofendidos, como para no prestarle atención. Ni siquiera estuvo presente cuando se sacrificó un último hijo para completar el banquete, aunque en la distancia el traductor, que no había desconectado, le comunicaba los comentarios al respecto de aquellos salvajes caníbales.

Al día siguiente Jonás, sin esperar por más tiempo, comprobó que Betsie estaba cargada –esta vez de madera de voppa devaxxxana- y partió asqueado de aquel mundo. Quizá era injusto con los vaxxes. Sus costumbres eran asunto propio y él no tenía derecho a juzgarlos salvajes o asesinos. Seguro que había razones que justificaran –evolutiva y socialmente- aquel extraño comportamiento, pero a Jonás, como humano, todo aquello le resultaba aberrante, indignante, repugnante. Y por mucha curiosidad que pudiera sentir, incluso aunque hubiera tenido deseos de justificar a los vaxxes, el suspiro de alivio y la liberación de tensión por parte de su estómago le hicieron comprender que aquella decisión o impulso de abandonar Devaxxxa al instante había sido todo un acierto. ¡Adiós y hasta nunca, vaxxes de Devaxxxa!

Juan Luis Monedero Rodrigo

PELÍCULAS

Hay muchas formas de contar las cosas. No es lo mismo hacer una película que montarse una película. Y yo soy más de los que tienden a montársela que de los que las hacen. Siempre me resultó más fácil lo primero. Creo que tiene una explicación bastante sencilla:

Para montarse una película (cualquiera puede hacerlo) basta con un poco de imaginación y ser un tipo, como me dijo una amiga el otro día, culto y reflexivo. Aunque no te consideres así, como es mi caso. Partiendo de una situación o de determinada circunstancia yo puedo montarme películas que van más allá de lo que realmente ocurre. Es fácil, simplemente dejarte llevar por ese cúmulo de pensamientos que te vienen a la mente sin que tú los busques.

Mientras que hacer una película ya no depende de ti sólo. Necesitas todo un equipo que te apoye: producción, montaje de la cinta, actores, casting, cámaras, iluminación, atrezzo, catering... Que sí, que puede ser que para hacer una película, antes tienes que montártela y más si te gusta el llamado cine de autor. Ese en el que una misma persona es guionista, director, cámara y actor. Seguramente el momento de más disfrute sea el del "Montaje" propiamente dicho... (Menudo lío me estoy haciendo).

Bien, pues yo solamente me quedo en el primer "montaje", ése en el que la cabeza no para de maquinar historias a raíz de un hecho, o también, a raíz de un sueño. Que le pregunten a Bioy Casares.

Generello era argentino, amigo mío desde que llegó procedente de Buenos Aires. Nos conocimos en una de esas conferencias sobre la obra borgiana que se solían dar cada año en los cursos de otoño de la Universidad. Imagina quién era el ponente. Sí, era él, un hombre de voz potente. Cuando terminó su ponencia me acerqué a él para seguir haciéndole preguntas:

-Perdone que le aborde de esta manera... supongo que después de su ponencia no le apetecerá seguir hablando del mismo tema...

-Por supuesto que no, qué se había pensado!

-Claro claro tiene razón, qué estupidez, perdone. (Yo, como siempre, viniéndome a menos delante de mentes tan preclaras como las de aquel conferenciante. Aunque claro, luego el tiempo me hizo ver

que no era para tanto. No me refiero a Generello, sino a los conferenciantes y grandes profesores en general. En el fondo tienen tantos o más fantasmas que cualquier alumno de la fila del fondo).

Ya me estaba montando la película, cuando me dice sonriente que no me preocupe que estaba bromeando.

-Sí, bueno... este... (jo, pobre, vaya cara que me ha puesto) estaba bromeando oiga, le invito mientras continuamos charlando sobre Borges. A veces es mejor hablar sobre estos temas en los bares, que es donde está la vida y no encerrados en un aula magna. Aunque en las aulas también hay vida, no se crea, mi ex mujer salió de una de ellas jajajajaja.

Pude observar en este tipo que tenía una de las sonrisas más sanas que había visto y oído jamás.

-Qué toma?

-Ha probado el pincho de bacon relleno de queso, *fromage?*

-Pues no, pero ahora mismo pedimos uno.

-Sabe? Bueno puedo tutearle joven?

Mi amigo era solamente dos años mayor que yo...

-Por supuesto

-Tengo un amigo allá en la Argentina al que llamamos *Monsieur Fromage, Mr. Cheese* o *Queso* directamente jajajajaja. Y sabes por qué? Pues porque el tipo es un fanático de los idiomas y lo que más le gusta de todo es el queso y el sexo. Pero lo de llamarlo *queso* o *fromage* es porque una mañana se vino con nosotros en el Opel Corsa que estrenaba por aquel entonces la que era mi novia. El Sr. Queso esa mañana había desayunado una tostada con quesitos del caserío. Íbamos juntos, cinco jipis la mar de apretaditos, a un concierto de Paco Ibáñez a la ciudad de Rosario cuando a la salida de Buenos Aires dice Monsieur fromage que se siente un poco mareado. Bajó la ventanilla para airearse un poco con el frescor mañanero... Y cuando menos lo esperamos se pone a vomitar, él iba en medio. Imagínate el espurreo de queso ácido que dejó en la tapicería del corsita. Así es que al final adiós concierto, adiós fin de semana y adiós olor a nuevo del Opel. Claro que luego con el tiempo vos reís, qué remedio che...

Tuvimos una amena charla, no creí que aquel tipo tan culto y elevado, que caminaba como por encima del suelo acabara allí cenando conmigo. Me dijo que en estos tiempos que corren las letras apenas dan para comer a unos pocos, que él tenía una especie de beca de colaboración de la Universidad de Sevilla y que en cualquier momento le daban la patada y lo dejaban tirado.

-Así es este sistema, estamos de prestado, hoy aquí, mañana allí...

-Tenés razón, fijate si está mal la cosa que mi ex mujer se fue con otro y yo tuve que irme con ellos che...

-Jajajaja, ciertamente veo un mal asunto. Recuerdo cuando me echaron de uno de mis múltiples trabajos de mierda, el tipo, el encargado vaya, se puso más nervioso que yo para decirme que ya no contaban conmigo. A lo cual me puse a hacerle pucheros en plan actor dramático y a decirle entre sollozos que me había metido en una hipoteca que ahora a ver cómo carajo pagaba las mensualidades, que si los bancos eran unos chorizos y bla bla bla. Creo que aquel tipo aún está con el nudo en el estómago...

Yo había pasado una de esas etapas de bajón. No de esas depresivas con sicoanalista incluido, sino de esas en las que procuras evitar conversaciones tan típicas y anodinas con antiguos compañeros y compañeras de curso en las que siempre se habla de lo mismo, oposiciones, trabajo, destinos inciertos, vidas paralelas y para lelos, casa, hipoteca... bla bla bla... siempre igual, odio esas conversaciones tan vacías y a la vez llenas de supina estupidez.

En cambio, ahora tenía otro curro de mierda y aunque los días otra vez se empezaban a parecer entre sí, con Generello y aquellas charlas sobre Arte y Literatura parecía que algunos fantasmas empezaban a desaparecer. Hasta que ocurrió lo que no queríamos que sucediera: una carta certificada a nombre de Generello Díez Pamplona: Generello recibió la carta a mediados de semana, en su piso de alquiler de la calle Recaredo. Sentado, junto a la mesa de estudio, leyó la noticia. La santa madre Universidad había decidido prescindir de una mente tan preclara como la de mi amigo Generello. Sin más ni más. Ni papá Estado, ni mamá Universidad ni la

tita Junta de Andalucía daban ya más oportunidades a un inmigrante venido de la tierra del Río de la Plata.

-Viste? Me lo veía venir en cierta medida. Por eso estuve ahorrando y tracé mi plan B.

Este hombre no dejaba de sorprenderme:

-Y cual es ese plan B?

-Pues el sueño que tuvo mi madre siempre. Una tienda de ropa.

-Una tienda de ropa?

-Sí, una tienda de ropa, pero eso sí, incluiremos ofertas en las que si gastas una cantidad de dinero, o compras un número determinado de prendas te regalaremos un libro, el que más te guste. Aunque sea un cómic. Qué te parece? Tengo contactos en algunas editoriales y casas de libros.

-Oye pues si necesitas algún empleado...

-Pero qué decís... pensé en vos como socio...

-Bueno, sabes que me gustaría, pero en casa siempre que alguien de la familia ha emprendido un negocio le ha ido bastante mal y siempre hemos estado un poco ahogados con las malditas deudas... además estoy sin blanca casi... me deben aún el cheque del último mes... y para lo que ganaba en aquella empresa... pues mejor me fui.

-Pues no se hable más embarcaate conmigo ché, será fantástico, pondremos hilo musical, no en las prendas, si no en la tienda...

-Ja ja ja. Bueno me lo pensaré...

Una vez más me monté la película, y es una película dentro de la película. A veces hay películas que hablan de películas y películas dentro de películas... *Ut pictura poesis* que lo llamaban en Roma o en el Renacimiento manierista, creo. Es decir, utilizar la poesía como un estímulo para expresar las pasiones y emociones del hombre, no crean que esto es mío, lo aprendí del maestro Chueca Goitia.

El caso es que después de miles de películas decidí dar el paso y embarcarme en la gran aventura de mi amigo Generello. Y cosas que tiene el destino... Una película nos lleva a otra película y muchas veces la realidad acaba superando a la ficción, tanto mental como cinematográfica. Que si somos simples muñecos, *puppets* que

diría Generello, en manos del destino... que si hoy aquí mañana allí, que si estudias o trabajas... que si perdona que te he visto por aquí y me he fijado en ti... Nada, todo basura, tópicos de mierda que no valen para tratar de valorar lo que ocurrió en la tienda de Generello, en nuestra tienda...

Yo creía que el fin de una película estaba precisamente en eso, en el final. Que toda la trama, con su principio, su nudo y su desenlace llevaba al espectador al momento cumbre, al remate de los tomates, como era el final (*The End*). El desenlace, ese momento crucial que hace que tenga sentido todo lo que el autor nos ha estado contando durante hora u hora y media o incluso dos horas.

Pero, no. Eso no es así. Al menos no se cumple SIEMPRE. Es como con la música contemporánea y no me refiero a la pop, si no a esa que escuchan ciertas "élites" con sucursal en las grandes capitales. Que si la pérdida de la tonalidad que si patatín y patatán. Sigue sin gustarme, lo siento. Pero con las películas es diferente. Antes siempre había buenos y malos, un *happy end* con su beso y sus perdices. Pero por suerte eso se acabó, bueno no es que se acabara, simplemente, ahora el final no tiene por qué ser el fin de la película. Quiero decir, que ese fin puede estar en el nudo. Entiéndase fin, no como final o desenlace sino como el por qué de ese relato, de esa película.

Pues bien, no me monto más películas y hablaré de Lucía:

Iba camino de la tienda, *Generello's*, sí ya sé un nombre muy comercial, es lo que hay. Si montas una tienda de moda tienes que ponerle un nombre que esté a la moda si no te comen las moscas. No vas a ponerle *Moda's Gracita*. Además el nombre ya te está diciendo el tipo de ropa que vas a encontrar: ropa para refugiadas polacas.

En cambio *Generello's* es el glamour argentino, la Gracia, el Arte hecho prenda, *vêtement* que diría *Monsieur Fromage*. Por supuesto *Generello's* era una tienda de dos plantas con ropa tanto de hombre como de mujer, tanto monta, monta tanto. Y no sé por qué pero a diferencia de las otras tiendas la ropa de mujer está en la planta de arriba y la de hombre en la planta baja... Y curiosamente se empezó vendiendo más ropa de mujer que de hombre. No me pregunten la causa pero es algo que desconozco; solamente Generello,

un ex conferenciante argentino sobre la obra de Borges, sabía el secreto.

Como decía, iba al trabajo caminando como de costumbre, desde Recaredo hasta Tetuán (sí, además de socios también compartíamos piso Generello y yo. Los vecinos incluso pensaban que éramos pareja de hecho pero, por suerte o por desgracia tanto a mi amigo como a mí nos gustan las mujeres), donde teníamos la tienda, cuando vi por primera vez a Lucía:

Morenaza, pelo largo y rizado, curvas que forman un perfecto paisaje de mujer, piel tersa, blanca y suave como Andalucía. De esas mujeres que al verlas desnudas es como si estuvieras delante de una diosa. Aunque en realidad todas tienen algo de diosas en ese estado. Pero Lucía sobresalía de las demás, tenía ese *jenesequoi* que hace que cada vez que estás con ella te sientas más vivo que nunca.

Solía verla a menudo en mi camino a la tienda. Hasta que un día, estaba embelleciendo un escaparate, cuando entró ella. La veía a través de los cristales, con lo que solamente podía verla y no oír lo que estaba hablando con Generello. Estuvo un rato mirando unos vaqueros, hasta que se fue a los probadores con tres pares de pantalones. Salí rápido y nervioso.

-Qué te ha dicho?

-Esa es la famosa morena que tanto me hablás eh moscardón...

-Ei cómo lo has sabido?

-Pse, me hablas tanto de ella que es como si la conociera de toda la vida.

-Qué acento, tiene, cómo habla, es dulce su voz?

-Ciertamente, un ángel, dulzura y a la vez picardía...

-Anda ya no me seas...

-Que sí, te lo digo de veras, andá a preguntarle cómo le sientan los vaqueros ché.

-Como las balas!

Me dirigí a los probadores donde estaba ella, entre nervioso, eufórico y con piernas temblonas... De nuevo una batalla se estaba dirimiendo en mi cabeza, la penúltima película o la sexta parte de Rambo, no me siento las piernas... Iba pensando, qué le digo, qué no le

digo... "le sientan bien señorita?" Ups, mejor no decir señorita, podría decirle preciosidad, o no, demasiado atrevido... Estaba ya allí parado y pensando que al otro lado de la puerta el ser más hermoso del universo se estaba probando unos vaqueros de mi tienda, y cada vez tenía más calor...

Y justo en ese momento en el que estás con los nudillos preparados para llamar a la puerta, ésta se abre como sin querer. Y asoma una cabeza de negra cabellera rizada, mirándome fijamente me dice:

-Pasa y me das tu opinión.

Allí estaba, Lucía, con un tanguita morado, con su mirada inocente y a la vez picarona, tan alegre y coñona como las muñequitas esas de "Barriguitas" (salvando las diferencias). No hicieron falta las palabras. Eso vino después.

No quisiera decir que es la típica historia chico conoce chica, chica conoce chico. Simplemente fue una hermosa historia.

No sé por qué pero tendemos a aferrarnos a las pequeñas cosas que nos recuerdan a alguien a quien tenemos estima, o a alguien que una vez amamos. El periódico del día en que conocimos a esa persona, el perfume que utilizábamos cuando salíamos con ella, su dirección de correo electrónico... Son muchas cosas que están contenidas en ella o que nos llevan a ella. Pero yo hacía un mes aproximadamente que había decidido borrar de mi vida esos detalles que me recordaban aún mi último fracaso. Me sentía como un eterno jugador del juego de la oca, que cuando está llegando al final, siempre cae en la casilla de la canina. Generello me dice que el juego ese es muy antiguo y que juegue mejor a otros juegos en los que no haya caninas. Quizás tenga razón, a lo mejor esto de montar tantas películas acaba pasando factura...

Esta historia (o película) de Lucía, ha sido como un sueño y por eso pensé que si os lo contaba se me podría hacer realidad, aún.

R.M.L

SAGAS NÓRDICAS

He tenido mucha suerte. Creo que el trabajo atrae a la fortuna. Y ya que este número habla de la posesión, debo decirles que

esa suerte ha puesto en mis manos un fantástico manuscrito que yo he datado de un solo vistazo, y no creo que me equivoque en más de dos o tres años, en el año 1042 de nuestra era. Resulta extraño que aparezca escrito en papel, con tinta de bolígrafo –muy semejante a los actuales- y que esté escrito en castellano contemporáneo, pero el mundo de la paleografía ofrece de vez en cuando este tipo de sorpresas que hacen temblar los cimientos de tan magna ciencia.

Se trata de una saga nórdica, un relato épico y mítico, escrito en Jutlandia en el siglo once de nuestra era por un autor desconocido que se inspiró en los Eddas y los Skald.

Increíblemente, esta joya de la literatura escandinava, desconocida hasta ahora, llegó a mi poder mientras meditaba junto al río, tumbado en la pradera y contemplando mi mundo interior. Oí un ruido, alcé la vista y allí vi aquel papel, en la forma de un barquito a punto de hundirse, que contenía la historia que aquí incluyo para deleite de los amantes de la literatura y el mito. Se trata de la:

AVENTURA DE KARAS SALVENSEN

Era Karas héroe aguerrido donde los haya. El más hermoso varón de la tierra de Endilgand. Loor a los dioses por crear tan bello mancebo.

Karas se embarcó junto con su amigo Paco Jonarsen en su pequeña barca de remos, cuya proa estaba adornada con dragón guerrero, como los drakkar más grandes. Karas buscaba peripecias y gloria.

Karas buscaba gloria y sabía que en las tierras de la isla de Plas había monstruos a los que vencer. Mienten los que decían que Karas escapaba de las garras de la horrible bruja Feata que se le ofreció desnuda para que engendrara un hijo orgullo de los dioses. Feata Pensen horripilaba a Karas, pero el valeroso héroe nunca la ofendió. Tan sólo siguió su plan de vencer al monstruo y ganar el valhalla.

La barca llegó a Plas y sus dos tripulantes se ofrecieron al rey Esco Jonensen, dueño de aquellas tierras, y solicitaron de él la recompensa prometida para el vencedor de la serpiente marina Cutriplás que aterrorizaba a los pescadores y a las damiselas.

Karas prometió victoria. Y esa noche el aguamiel corrió por el poblado como el agua. Tanto que varios lugareños borrachos retaron a Karas a singular combate. Como Karas no quería manchar sus fuertes manos con semejantes imbéciles, fue Paco quien se enfrentó a ellos. Derrotó a tres de ellos. Pero el cuarto, Hayque Jodersen, venció a Paco, lo descuartizó, bebió su sangre y hubo gran alborozo. El propio Karas aplaudió la gesta de Hayque y le ofreció ser su compañero en el viaje mortal que pretendía emprender. Agradecido, el vencedor, con lágrimas en los ojos, aceptó la oferta y vomitó largamente la borrachera que lo había cegado.

A la mañana siguiente Karas y Hayque subieron a la barca y fueron despedidos con honores por todo el poblado. La serpiente habitaba más allá del cabo Gniga, y hasta allá se desplazó la barca a golpe de los remos que Jodersen movía mientras Karas, desde el puesto de vigía, oteaba el horizonte.

La serpiente se hizo presente al cabo de larga espera. Era un monstruo terrible de más de diez brazas de largo, con un cuerpo grueso como un tonel de cerveza y boca enorme cuajada de monumentales dientes como cuchillos. Pero los héroes, en vez de amedrentarse por tan terrible presencia, hicieron sonar sus cuernos de guerra retando a la bestia y disputaron entre ellos quién tendría el honor de enfrentarse primero a aquella monstruosa aparición de mandíbulas babeantes.

Karas, generoso, consintió en dejar que Hayque Jodersen fuera el primero en buscar la gloria, sin necesidad de jugárselo a los dados como el gigante de Plas había propuesto. Hayque llamó al monstruo, hizo chocar la espada de acero contra el escudo de madera y esperó que la bestia se lanzase sobre él para atacarla.

A pesar del valor de Hayque, el monstruo terrible esquivó su espada y de un bocado acabó con la vida del héroe. Karas, entretanto, aprovechó que la serpiente masticaba a su compañero para atacarla astutamente por la espalda y hundir su espada en el cráneo del fabuloso animal. El monstruo gañó y gritó, pero ya era inútil. La espada le atravesaba el cráneo de lado a lado, ensartando también el cuerpo de Hayque Jodersen que estaba entre sus mandíbulas.

Karas hizo sonar el cuerno para anunciar su victoria. Ató al monstruo a la popa de la barca con una gruesa cuerda y arrastró el cadáver hasta Plas con la sola fuerza de sus brazos sobre los remos. El propio Odín estaría orgulloso de tal gesta.

En Plas recibieron a Karas como un héroe. El rey Esco hizo una gran fiesta y en ella obsequió a Karas con todo el oro que acumulaban sus arcas, y le entregó por esposa a la hija de su hermana, la joven más hermosa del lugar. Paca Garsen, que así se llamaba la joven, complació al héroe y los esponsales se celebraron con grandes festejos.

Karas ya formaba parte de la familia. Y mucho lo sintió cuando el rey Esco y su hijo y heredero Desco se hundieron en la barca que el propio Karas había arreglado durante semanas para que pudieran salir de pesca. Al morir el rey y el vástago de los Jonensen, Karas fue aclamado rey de Plas por todos los hombres de la isla. Y desde entonces y hasta el día de su muerte Karas Salvensen rigió con mano firme los destinos del país y vivió en paz y respetado por todos.

¡Loor al héroe que venció a la bestia, ganó la gloria y heredó un reino por sus propias manos!

Hasta aquí la magnífica crónica de la gesta de Karas tal y como ha llegado a nuestros días. La interpretación del texto, su análisis pormenorizado, los dejo para ocasión más propicia. Bastante honor hago a esta pequeña revista con convertirla en plataforma de presentación de tan portentoso hallazgo.

Próximamente seguiré haciendo partícipes a los lectores de la misma de los resultados de alguna de mis variadas y portentosas investigaciones.

Gazpachito Grogrenko

(luminaria nacional, genio patrio, paradigma de erudición y elocuencia, sapientísimo investigador y científico aventajado, descubridor incomparable y Menéndez Pidal de nuestro tiempo)

LA FELICIDAD DEL POSEER

Todos queremos más. Es lo que suele decirse. Pero, ¿más qué?, ¿más para qué? El que deseemos más está claro. Lo difícil es explicarse una respuesta coherente y sensata para las dos preguntas.

Muchos se quedan con la respuesta más fácil y obvia: más dinero para ser más feliz. Parecen pensar que, como decía Woody Allen, el dinero no da la felicidad, pero lo que proporciona es extraordinariamente parecido a la ella. Aparte de la broma, personalmente soy de los que piensan que no es así. No me entusiasma la carrera de las ratas, ni me planteo ir contra mis principios –cosa harto frecuente la de saltarse principios y moralidades por parte de muchos que se hacen ricos- para alcanzar el bienestar material ansiado.

Está claro que carecer de lo material es de lo más espantoso que puede sucedernos. Tanto como para que uno desee la muerte. Poco hay más horrible que morirse de hambre, o de frío, en la más absoluta miseria. Hasta ahí de acuerdo. Y todos, aunque sólo sea por mera subsistencia, deseamos tener riqueza suficiente para no vernos en tan vulnerable y terrible situación.

Pero también es claro que no hace falta mucho, y me refiero a lo material, para subsistir. Ni tampoco para tener lo razonable para sentirse cómodo. De hecho el consumismo basa su éxito, o parte de él, en crearnos necesidades que, individualmente y por nuestro propio deseo, quizá no percibiríamos como tales. Ése es uno de los fines de la publicidad.

Por desgracia, en nuestro mundo gobernado por el capitalismo consumista, el mercado y una triste idea materialista de la felicidad, son muchos los que se embarcan en la carrera de la felicidad confundiéndola con la de la riqueza. Cualquier postura es, obviamente, respetable. Y cada cual tiene sus razones. Pero en este caso la bondad de la idea debería juzgarse en función de la consecución de su objetivo. Si quien busca dinero lo hace para vivir mejor y ser más feliz, habría que valorar si habitualmente se logra ese objetivo.

No niego que haya tipos simples o hedonistas que se den por satisfechos con tener más y más. Conocemos a muchos que

fantasmean con sus pisos, automóviles, chalets, Rolex de oro, Trajes de Dior, yates, despilfarros varios. A mí antes que felices me parecen un poco estúpidos pero, como todo, va en gustos y percepciones, tan subjetivas ellas.

Lo que sí he visto muchas veces es a personas embarcadas en esa carrera de ratas de la competitividad para medrar y tener más, y no me suelen parecer, en general, ni muy felices ni medianamente satisfechos. Y encima muchos de ellos comenzaron su camino en busca de un sueño.

Yo no creo demasiado en la felicidad del poseer. Pero son muchos los que siguen esta religión tan antigua como el hombre. La posesión material como camino para la felicidad ha sido el objetivo de infinidad de personas, y así seguirá siendo. Pero, ¿son felices?, ¿alcanzan su objetivo?

Yo opino que no y, aunque vaya en opiniones, yo explicaré la mía.

Conozco a mucha gente que está dispuesta a sacrificar tiempo, amistades, placeres, para seguir ese sueño de lo material con la esperanza de que, una vez alcanzado el nivel pretendido de riqueza, la vida será más cómoda y placentera. Tendrán más estatus, más posesiones, más oportunidades. Serán respetados y admirados. Vivirán a cuerpo de rey, haciendo lo que les dé la gana. Y es verdad que algunos lo logran. Pero la mayoría de ellos parece que renuncia a mucho a cambio de nada. Porque si no tienen tiempo para disfrutar de los ganado, si cada vez deben dedicar más tiempo para mantener ese nivel socioeconómico autoimpuesto, ¿dónde queda la ocasión para disfrutar de lo alcanzado? Algunos lo logran. Otros se paran a mitad de camino y son contemplados como una suerte de desertores fracasados. ¿Tener para qué, entonces?

Se trata de un círculo vicioso: para tener más hay que trabajar más, adquirir mayores responsabilidades, sacrificarles más tiempo. Hay que medrar y el ascenso es trabajoso y duro. No deja tiempo para pensar y parece suficiente satisfacción el comprarse un coche mejor, pagar unos buenos estudios a los hijos, o un chalet en la playa. Pero, ¿cuándo se disfrutan? Muchos de éstos se pasan la vida trabajando, renunciando a vacaciones, a vida familiar –pagando el

afecto que no entregan con objetos carísimos que en su magín deben compensar las carencias emocionales-, a placeres, aficiones y diversiones. Son de éstos que se extrañan de que los suyos no les quieran tanto como pensaban. Que sufren depresiones si los jubilan porque no saben qué hacer con su tiempo. ¿No será que, de antemano, carecen de vida y ocupan su aburrido tiempo con trabajo y dinero, como si ello les compensara por la falta de alicientes? No lo sé, quizá. Yo así lo interpreto. Pero temo que obtienen más insatisfacciones que otra cosa. Porque, ¿cómo se puede ser feliz sin tiempo ni aficiones, ni afectos? No sé. A lo peor sí que se puede y el tipo raro soy yo, y no me entero de nada.

Y, mientras algunos se matan por tener más y más y más y más, y encima se sienten desgraciados –los ricos también lloran del culebrón- otros que no tienen apenas para comer y subsistir sueñan, y con razón, con tener lo mínimo imprescindible. Es lógico y razonable que ellos pongan su felicidad en lo material puesto que no lo tienen. Sin techo y con el estómago vacío es difícil ser feliz. Entiendo que quien nada tiene ponga su dicha en poseer algo tan simple como comida, techo, paz o una mínima libertad. Pero tampoco hacen falta oropeles ni palacios para ser feliz. Sobre todo si para ello hay que renunciar a mucho de lo bueno que puede darnos la vida.

El dilema no es tener o no tener. Lo difícil es decidir cuánto nos parece bien y para qué lo queremos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CADUCIDAD

La pobre viuda no entendía nada. Su marido había muerto y en el juicio le tocaba a ella, como heredera suya, indemnizar a la empresa, al Estado y pagar las costas del proceso. Era su marido el que había muerto, sin hacer daño a nadie, y ahora le decían que era culpable. La sentencia firme, inapelable. Y la cara de estúpida de la pobre Miriam igualmente definitiva.

Todo había empezado cuando Serafín tuvo el accidente. O, en realidad, si uno se remontaba lo suficiente, el comienzo de la

historia estaba en el momento en que el bueno de Serafín se había comprado su entonces modernísimo coche. Eso fue exactamente once años atrás.

Los Álvarez no eran ricos. Poca gente lo es de verdad, por más que muchos mequetrefes se empeñen en alardear de sus posibilidades y nivel socioeconómico. No Serafín ni Miriam. No eran unos fantasmones y sí presumían de ser prácticos. Otras personas humildes alardean de su honradez o dicen que son muy felices en la pobreza. Los Álvarez no se quejaban en cuanto a felicidad. Vivían más o menos bien. Tampoco alardeaban de honradez. No porque no fueran honrados sino, más bien, porque en su mundo aquello no tenía nada de destacable. Pero sí que les gustaba presumir de practicidad. Eran de los que alardeaban de hacer buenas compras, de atrapar y aprovechar las gangas. Y de no haber sido nunca estafados al hacer una compra. Once años más tarde a Miriam la situación le parecía muy otra, pero no por aquel entonces.

Entonces era un tiempo de novedades. Las tecnológicas siempre abundan desde hace décadas. Pero unos doce años atrás se puso de moda un nuevo tipo de comercio. Siempre se habían vendido bienes. Y justo entonces se había llevado a la práctica una nueva política empresarial: la de vender tiempo de uso y no mera durabilidad –siempre controlada a través de los materiales y sus calidades-, como se había venido ofertando –y cobrando- hasta entonces. Había sido un paso lógico. Pero sorprendente. Tanto como para pillar en fuera de juego a mucha gente. Incluidos, aunque ellos no lo supieran, los siempre atentos Serafín y Miriam.

Deseosos de optimizar sus recursos, habían decidido hacer una compra importante y provechosa. Habían considerado que la adquisición de un automóvil era deseable y útil. Además de que se lo podían permitir. Porque los coches habían bajado de precio considerablemente. Las ventas, de hecho, se habían disparado en los últimos tiempos. En realidad se vivía una época de bonanza económica, de expansión del mercado. Tanto que habían aumentado de modo impensable sólo un par de años atrás las ventas de una infinidad de productos. De repente, todo se había vuelto mucho más barato. Y no es que los materiales se hubieran abaratado, ni que la mano de obra

fuera más eficaz o estuviera peor pagada. Desde que se concluyó, tiempo atrás, la globalización de los mercados, el ardid de extender las empresas a otros países y abusar de los bajos costes para aumentar los beneficios había quedado obsoleto. Por eso la economía llevaba unas cuantas décadas más o menos estancada.

Hasta que a alguien se le ocurrió la brillante idea. No se conocía el nombre del inventor. Igual podía haber sido un grupo de sesudos especialistas el que había llegado a la conclusión lógica. Una fuente de recursos para el mercado es la renovación de los útiles que se venden. Tradicionalmente, los avances técnicos y de producción que permitían la comercialización de nuevos productos y nuevas calidades siempre habían revitalizado los mercados al hacer que la gente renovara los utensilios y aparatos.

Así pasaba con los electrodomésticos. Buena prueba era el otrora boyante mercado de la informática en el que los entonces sucesivos avances en los procesadores dejaban anticuados los modelos en poco tiempo y eran muchos los que se veían poco menos que obligados a adquirir una computadora nueva cada pocos años.

Pero esos avances técnicos no se sucedían con la celeridad deseada en los últimos tiempos. Por lo que la economía estaba estancada y no se vislumbraba una pronta salida para la crisis. Hasta que los genios actuaron y, de una vez, encontraron la fórmula para abaratar los precios y, a la vez, disparar y asegurar las ventas. Era una fórmula sencilla y brillante. Que no requería de sueldos más bajos o de materias primas más baratas. Se basaba en otro concepto muy distinto: el tiempo de uso.

Antes los objetos baratos eran los de peor calidad, los que duraban menos. Ahora se podían emplear idénticas calidades, las mejores, para todos los productos. Y rara vez un aparato u utensilio fallaba. Los controles y la elaboración eran magníficos. Si uno pagaba más o menos era en función del tiempo de uso. La empresa o el comerciante hacían un contrato con el cliente donde se indicaba por cuánto tiempo era la licencia de uso de lo comprado. Algo parecido a las viejas licencias de programas informáticos pero para bienes materiales concretos. Cada producto llevaba, según licencia, una fecha de caducidad de uso. A más precio más duración, a menos

tiempo más corto periodo de uso. Si un producto caducado se utilizaba más allá del periodo de licencia, ese uso fraudulento se convertía en delito debidamente penalizado. De todo esto estaban informados Serafín y Miriam cuando hicieron su compra. Pero ahora Miriam sabía más, aunque demasiado tarde. Sabía que había listas de productos en uso ilícito. Listas negras de compradores. Sabía que, aunque algunos ingenuos o listillos, según los casos, manipulaban los artefactos, cada producto estaba registrado y se podía seguir su uso legal o ilegal. Sabía que no sólo caducaba la licencia sino que, en ocasiones, el producto dejaba de funcionar. Estaba programado para estropearse, pararse, descomponerse, entrar en modo alarma. Según cada caso la situación variaba, pero siempre dejaba de ser utilizable. Y eso no lo sabía el tarugo de su marido. Porque ahora, por más pena que sintiera, no podía referirse a él de otro modo. Serafín había sido un tarugo y había pagado con su vida su error. Eso de por sí ya era muy malo, pero aún se le añadía otro detalle: ella, su viuda, también tenía que pagar el error y de un modo bien concreto que se traducía en dinero contante y sonante.

Su caso particular, pues, empezó al adquirir el vehículo. Una maravilla de la técnica, una joya de la automoción, el coche de sus sueños. Y no decepcionó las expectativas creadas con su compra durante los diez años en que, sin un solo fallo, el vehículo cumplió a la perfección con su cometido.

No fue caro, aunque tampoco de los más baratos. Prometía fiabilidad, seguridad, velocidad, maniobrabilidad, comodidad, amplitud, suavidad. Y cumplió desde el principio con todo lo ofertado por la publicidad. Así que Serafín sobre todo, y Miriam también, aunque no era la que lo conducía habitualmente, se sintieron sumamente satisfechos y orgullosos con su compra. Durante diez años pudieron presumir de que su coche no les había fallado una sola vez ni les había dado el mínimo problema.

-Es una maravilla –solía decir Serafín al volante, acariciándolo y en un tono que a Miriam le recordaba los de sus tiempos de novios.

Pero la maravilla caducó.

El contrato de compra-venta estipulaba claramente que el uso del automóvil se concedía durante diez años a partir de la fecha de adquisición y que, a partir de esa fecha, el cliente incurría en delito y se hacía responsable de las consecuencias derivadas del uso ilegal del vehículo. Era una fecha lejana. Y los Álvarez tenían bien claro ya durante los meses anteriores a la misma que pronto deberían hacer el desembolso correspondiente a un nuevo automóvil. Serafín, enamorado del actual aunque estuviera viejo, era más bien partidario de prolongar la licencia actual durante unos cuantos años más aun siendo el coste semejante al de un nuevo auto. Miriam se fiaba más de uno nuevo que, además, traería de serie todo tipo de adelantos y mejoras. Siempre era así, aunque en los últimos tiempos parecía haberse ralentizado –al menos en la publicidad- el ritmo de los cambios.

El caso es que, por una cosa o por otra, cuando llegó la fecha del vencimiento Serafín y Miriam, demasiado ocupados con sus cosas, no habían resuelto el problema de la renovación, el cual se les debió hacer patente mucho antes, pero sólo se convirtió en realidad tangible aquella mañana fatídica en que Serafín, al ir a encender el motor, se encontró en la pantalla del salpicadero con el mensaje de aviso: "LA LICENCIA DDE SU VEHÍCULO ESTÁ A PUNTO DE EXPIRAR. CONTACTE CON SU PROVEEDOR HABITUAL PARA RENOVARLA O CAMBIE DE VEHÍCULO". No había más aviso que aquél, seguido de un par de artículos legales donde se hacía mención de las leyes que se incumplirían caso de usar ilícitamente el vehículo.

Y Serafín, de verdad, deseaba renovar la licencia, igual que Miriam quería sustituir el auto. Pero el tiempo se les había echado encima y Serafín necesitaba el coche ese día para ir a trabajar. Total, se dijo, no sería tan grave usar el coche un día más, o una semanita. Muy mala suerte había que tener para que los guardias lo pillasen por la carretera justo ese día y lo denunciaran. Olvidaba el bueno de Serafín que el propio vehículo podía emitir la señal de alarma que llegaría a la comisaría, al vendedor, al fabricante y hasta al juez encargado de procesarle. Pero Serafín tuvo mala suerte: no fue a juicio. O éste fue sumarísimo y fatal.

Serafín decidió usar un día más su coche, o los que le hicieran falta mientras renovaban la licencia. Encendió el motor. Ningún mensaje nuevo apareció en pantalla. El vehículo ronroneaba suavemente, iba como la seda. Salió del garaje, empezó a conducir sin problema. Llegó a la incorporación a la carretera de circunvalación y entonces… ¡BOOOM!…El vehículo estalló, con una violenta explosión que arrojó restos de metal plástico y sangre –del malhadado Serafín- por todas partes. Se organizó un terrible atasco. Por suerte, los sistemas automáticos de seguridad de todos los demás automóviles evitaron un desastre mayor. Ni siquiera hubo golpes de chapa ni frenazos imposibles. La circulación se detuvo hasta que llegaron los guardias, la grúa, la ambulancia. Poco había que recoger de Serafín y de su auto. Ambos eran siniestro total.

Cuando Miriam recibió la llamada de la policía pensó que era imposible. Su Serafín no podía haber fallecido de aquella manera. Hubo autopsia, funeral, entierro de lo poco que se pudo rescatar. Pero lo peor, al margen del dolor de la situación, fue la segunda llamada de la policía y la primera del juzgado. ¡Era increíble! Su marido había cometido delito y sus bienes –que eran también los de Miriam- quedaban confiscados. No había herencia que hacer efectiva, sino un juicio. Serafín fue juzgado por apropiación indebida, fraude, uso ilícito, conducción temeraria y suicida.

-El vehículo ya no podía usarse –concluyó tajante el fiscal.

Y era cierto. Los contratos firmados así lo atestiguaban. No se indicaba el modo en que se imposibilitaba el uso, pero Serafín comprobó en sus carnes la contundencia del mismo. A Miriam le tembló todo el cuerpo al imaginar lo que le habría ocurrido si ella lo hubiera acompañado en aquel viaje que parecía tan simple.

El juez emitió condena: culpable de todos los cargos. Ya que había fallecido no iba a ser encerrado más allá de una cárcel de pino a dos metros bajo tierra. Pero Miriam, como copropietaria, consorte, viuda y heredera, debía hacer frente a la multa, que fue considerable: debía abonar el importe del vehículo completo, muy superior al mero alquiler de diez años de tan lujoso automóvil. Y, además, debía indemnizar al estado y a las compañías fabricante y distribuidora con un auténtico dineral. Era la ley. Tal vez también la

justicia. Y a Miriam se le quedó cara de payaso, con la mandíbula caída y un tic tembloroso en el ojo izquierdo. Iba a pasar media vida –si es que vivía tanto como las estadísticas pronosticaban- para cancelar la deuda. Al menos el juez se apiadó de ella, o eso le dijeron. Porque le dejó recuperar sus bienes: sus cuentas, su piso, sus inversiones. Y le permitió pagar la multa en incómodas y abusivas cuotas que la dejaron al borde de la ruina.

Se juró no volver a comprar uno de aquellos malditos productos con fecha de caducidad. Para su desgracia y decepción, no pudo cumplir su compromiso. Los productos aquéllos se vendían muy bien, eran muy buenos, eran los únicos. Y Miriam, la viuda triste y pobre, se convirtió en una de las usuarias más cumplidoras de los términos de los contratos temporales de compra-venta. Nunca, eso sí, volvió a adquirir un vehículo propio. Todavía estaba pagando el anterior. ¡Y de qué manera!

Juan Luis Monedero Rodrigo

RELIGIÓN Y PRODUCTIVIDAD

He estado pensando muy seriamente en la riqueza. No sólo en poseerla, sino más bien en su esencia y consecuencias. Tanto que ahora me duele terriblemente la cabeza –la imbécil de mi hermanita dice que es por el sobreesfuerzo inútil tras la falta de uso-, y también las hemorroides. He llegado a graves y profundas conclusiones. Pero de ellas, y para este número de la revista, voy a comentar solamente una.

Es la relación entre religión y productividad. Mi estudio se reduce tan sólo a la religión cristiana y sus vertientes católica y luterana protestante. Aunque creo que las conclusiones son extrapolables al mahometismo, el budismo, el animismo, el mahoísmo y el peristaltismo.

¿Qué es lo que he deducido después de horas de meditación y estudio? Que ahora que he logrado distanciarme de los perniciosos efectos de la religión y abrazo el ateísmo militante –perdona, mamá, lo siento por ti y tu ferviente nacionalcatolicismo, pero me he vuelto descreído en aras del progreso-, soy consciente de que en los países católicos que, salvo extrañas y honrosas excepciones, quedaron

terriblemente atrasados con respecto a los protestantes tras la revolución industrial, fue el exceso de rituales y obligaciones de culto, más que el propio ideario o una suerte de conservadurismo tradicionalista, lo que provocó el atraso.

Y es que el exceso de rituales y la pérdida temporal que suponen fue, más allá de cuestiones inquisitoriales o de falta de libertad de pensamiento, el que se convirtió en rémora frente al desarrollismo. ¿Cómo había de compararse la productividad de los pueblos católicos lastrados por el exceso de rituales y fiestas al de esos protestantes puritanos que se ganaban –o eso presumían ellos- el cielo a través del esfuerzo de sus manos, con el que veneraban a Dios al par que llenaban los bolsillos y esquivaban el aburrimiento, además del ocio? Evidentemente, de ningún modo. Sólo en países donde los católicos se mezclaban con los herejes y se contagiaban de sus modos como Alemania, o en aquéllos que, como Francia, abrazaron prontamente el laicismo y seglarismo militantes, las economías progresaron en la medida adecuada. En otros como el nuestro y muchos más de fe arraigada y tradicionalista, el retraso fue la consecuencia de tener que pasar horas y horas en misas, rosarios, procesiones, en cumplir con las fiestas de guardar y dormitar en las iglesias durante horas en lugar de trabajar por el desarrollo y honrar a la patria antes que a los santos.

¡Jo, me emociono sólo de ver la profundidad y hondura de lo que he escrito! No está bien que yo lo diga, pero creo que en estos momentos estoy superando los abismos de profundidad del otrora grandioso Gazpachito Grogrenko y que puedo presumir de haberme convertido en una de los grandes filósofos y pensadores de nuestro siglo, ¿qué digo de nuestro siglo? De la humanidad a lo largo de su larga y turbulenta historia.

¡Toma ya que bueno soy! ¡Y qué listo! La próxima vez que escriba seguro que me salgo.

Narciso de Lego

(prócer de la patria y lumbrera humilde)

CARTAS AL DIRECTOR
(tener, lo que se dice tener, no tenemos)

EL HIJO PRÓDIGO

¡Malditos pecadores! No contentos con hacer proselitismo del agnosticismo, el liberalismo, el cientifismo, el progresismo y tantas lacras que conducen indefectiblemente al ateísmo, los responsables de esta revista se han confabulado contra nuestra pobre familia. No contentos con que mi hija Euforita abandonara el redil materno años ha, siguen empeñados en robarme a mi querido hijo Narciso, de quien esperaba yo conseguir, si no un santo ni un sacerdote, un seglar pío y temeroso de Dios. Pero no. Su nefasta influencia le hace cambiar de ideas como de camisa y, desde que abandonó la recta senda del nacionalcatolicismo, vaga como alma en pena por el oscuro mundo de las ideas heréticas.

Pero no se crean que me voy a rendir. He descubierto su juego hace años y me propongo recuperar a mi Narcisito por más que ustedes se empeñen en captar su voluntad voluble y cándida.

Déjenlo tranquilo, por favor, o se verán enfrentados a una madre irritada y armada con la cólera divina, justificada por el mal ánimo de los pecadores.

¡Narcisito, cariño, vuelve con mamá! Abandona esas insanas costumbres que te tientan y regresa a la luz de la fe. Si vuelves conmigo prometo preparar esas galletitas que tanto te gustaban para que nos las tomemos con el té después de rezar el rosario en la capilla de nuestra casa.

Apiádense de esta madre desesperada, devuélvanme a Narcisito o aténganse a las consecuencias. Esto es, lo admito, una amenaza. Y muy seria. No saben ustedes de qué es capaz una de la Olla.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera

EPÍLOGO

El tema de este número daba para mucho más, lo sabemos. Y podíamos tener tiempo, ganas, temas e ideas para mucho más. Pero

tampoco teníamos el deseo de hastiar a los lectores. Nos gustaría tener más opiniones al respecto. Pero no las nuestras solamente. Como decíamos antes, el dilema no es tener o no tener. Está claro que todos necesitamos un mínimo. Lo difícil es decidir qué posesión nos parece la más preciada: material, espiritual, afectiva, moral. Hay tantos tipos de posesión, tantos bienes a los que poder aspirar.

Nosotros, idealistas, aspiramos a la felicidad. A través de la satisfacción personal. Estar conforme con uno mismo. Amar y sentirse amado. Tener buenos amigos. No padecer enfermedades. No tener deudas y contar, en lo material, con lo suficiente para vivir y darse algún caprichito, más bien humilde. Somos gente simple. Y sospechamos que hay muchos como nosotros entre vosotros que nos leéis. Así las cosas, parece que no hacen falta grandes lujos para sentirse bien. No hace falta un alarde de imaginación para comprender qué es lo más satisfactorio.

Y, si es tan sencillo, ¿cómo es que resulta tan difícil el conseguirlo? ¡Ay, la vida es dura! Pero no por ello vamos a renunciar a nuestras aspiraciones. Que cada cual mire su corazón y decida qué es lo que tiene y lo que desea tener, si ha alcanzado la meta propuesta o le queda parte del camino –o casi todo- por recorrer. Pero que nadie se traicione. Por difícil que sea el camino y sus sueños, intentad lograr aquello que os hace suspirar y no os vendáis a sueños ajenos ni espejismos de satisfacción tan vacíos como falsos.

¡Que tengáis suerte en vuestra búsqueda!

EL PUNTO Y FINAL

Terminamos nuestro decimonoveno número con la misma ilusión que el primero y con el deseo de prolongar la existencia de esta revista, y los sueños que contiene, durante muchos años en el futuro.

Para ello os necesitamos. Una voz sin eco ni oídos se pierde en el desierto. Tenemos necesidad de vuestros oídos y también de vuestras voces que enriquezcan la revista. Esto no está hecho para tener dinero o fama. Está hecho para intercambiar ideas, para contarlas entre amigos, entre mentes afines o diversas. Por eso esperamos que este número os haya gustado, os haya divertido y os

haya hecho pensar. Para el próximo número vuestra voz podría ser una de las representadas en esta revista, intentando alcanzar y mover conciencias ajenas. Tenemos futuro. No será brillante. Pero es nuestro y esperamos, querido y necesario lector, que te sientas partícipe de él.

Gracias por su colaboración a José Palomo por su espléndida portada, al ya habitual P.A.M.213, a la reencontrada Alicia Beneyto, a Vugoraf –que se va a convertir en clásico-, a R.M.L. que reaparece, al inevitable Temible burlón, y a todos los que leáis nuestra revista.

Enviad las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página de Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.